

UCLA

DOCENTES

QUE INSPIRAN



UCLA

DOCENTES QUE INSPIRAN

UCLA. Docentes que inspiran

© Universitas Fundación

© Fundación Buría

© SVMPG

Barquisimeto, República Bolivariana de Venezuela.

Noviembre de 2019

Editor: Carlos Giménez Lizarzado.

Textos y fotografía: Francisco (Larry) Camacho.

Revisión de textos: Carlos Giménez Lizarzado y Jairo García Méndez.

Diseño editorial: Reinaldo E. Rojas Merchán reinaldoryr@gmail.com

Impresión: R&R Imagen y Publicidad, c.a.

Depósito Legal: LA2019000136

ISBN: 978-980-7687-13-3

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el arte de la cubierta–, sea cual fuere el medio, electrónico, mecánico, por fotocopia o cualquier otro, sin el consentimiento escrito de la editorial.

Impreso en El Eneal, estado Lara, República Bolivariana de Venezuela.

UCLA, DOCENTES QUE INSPIRAN

Las semblanzas reunidas en este libro expresan individualidades e institucionalidad; personalidades dedicadas a realizar proyectos que integran docencia, investigación y extensión, las funciones clásicas de la universidad, pero no con un sentido burocrático sino con pasión, disciplina. Es lo que les permite proyectarse en la Universidad con miras de futuro y, sobre todo, con una férrea vocación de servicio para fijar en sus programas de trabajo mecanismos y actitudes para superar obstáculos y limitaciones institucionales.

La UCLA, que ya cuenta con una trayectoria próxima a los 60 años, es expresión de una Universidad surgida de la acción organizada de la sociedad civil para servir al desarrollo de la región, del país, sin desconectarse de los cambios impulsados por la dinámica internacional. Contó desde sus orígenes como CEDES con una planta de profesionales y expertos para forjar fortalezas académicas y administrativas con un alto nivel de institucionalidad que le permitió desarrollarse en distintos contextos políticos en los que no dejan de expresarse presiones para cercar la autonomía.

Sendos libros conmemoran el 50 aniversario de la UCLA celebrado en 2012: **Una historia de 50 años** del historiador Reinaldo Rojas y **UCLA, 50 años de historia en Gráficas**, editado por la dirección de Medios de nuestra Universidad. Estas publicaciones permiten conocer a los líderes que pusieron su empeño en dejarnos la institución que hoy sigue siendo parte de las soluciones que favorecen el desarrollo humano sustentable en su realidad regional en un mundo globalizado y agilizado por las tecnologías de comunicación e información.

Este libro, **Docentes que inspiran**, es sólo una muestra de ese universo del personal docente (vale el reconocimiento al personal administrativo y obrero que apoyan su gestión), que hace posible mantener a la UCLA de pie, con aulas abiertas para seguir apostando por Venezuela, a pesar de la precariedad expresada en su infraestructura y las limitadas condiciones de vida de ese universo humano. Seguramente, de la actual coyuntura nacional signada por

el autoritarismo, la Universidad se repensará para hacer honor al sentido de cambio que caracteriza a la naturaleza de la educación universitaria, además de sobreponerse al agotamiento de la cultura rentista. Quizás así, también podrá superar el andamiaje burocrático para ser, en sentido pleno, la casa del conocimiento productivo en el que se articule lo local con lo global. Estos docentes, y muchos más que no están en este libro pero que tienen igual mérito, dan muestras de que las fortalezas son superiores a las debilidades.

Esperamos que las iniciativas de labor académica y de investigación de cada uno, motive el reconocimiento intergeneracional para tejer puentes y grupos de trabajo que le den sentido de futuro a la educación universitaria. Superar las falencias culturales, que en muchos casos son obstáculos para la expansión y desarrollo institucional, no consiste en copiar modelos; la tarea es crear modelos. Así lo demuestra este grupo de docentes empeñados en ser parte de las soluciones. Harán falta otros libros para recoger la totalidad de esa fuerza creadora (razones de orden financiero y material no permiten tenerlos a todos en esta publicación) y seguir inspirando a la comunidad interna y a la sociedad que sigue viendo en la universidad la esperanza de un país mejor, democrático y con proyección en el contexto de los desafíos del siglo XXI.

La UCLA arrancó con las rémoras del caudillismo del siglo XIX, pero con una sociedad civil replegada que para entonces sabía que el camino no era el del liderazgo populista y demagogo. Sirva esta muestra de humanidad para inspirar y dar el salto de la cultura de la queja a la cultura de las acciones organizadas con pasión disciplinada en la interminable búsqueda del desarrollo integral.

Carlos Giménez Lizarzado

Editor

Coordinador de la **Cátedra Libre Historia de la Universidad**

UN HOMENAJE Y RECONOCIMIENTO A LA UCLA, A TRAVÉS DE SUS INSPIRADOS PROFESORES

(A MANERA DE PRESENTACIÓN)

El diseño de lo mejor de nuestro país, Venezuela, ha ocurrido dentro de la Universidad o se ha generado vinculado con las casas que vencen las sombras, entre las cuales tenemos a la Universidad Centroccidental “Lisandro Alvarado”, UCLA.

Incluso, se puede corroborar históricamente que la idea de la Venezuela emancipada, republicana y liberal, nació, se potenció y se irradió desde la Real y Pontificia Universidad de Caracas, al influjo del fraile y filósofo (profesor) Baltasar de los Reyes Marrero.

Y ese hilo de la civilidad que nació en la antigua Cátedra de Filosofía de la hoy Universidad Central de Venezuela, sigue el recorrido en toda la vida independentista y republicana, y ha estado presente en nuestras universidades, tanto en los tiempos de paz como en los tiempos convulsos.

La construcción de la civilidad y de la tradición republicana no ha sido tarea de guerreros y arrojados hombres públicos, sino obra de la paciente tesón de civiles, comerciantes, empresarios, pensadores, maestros y profesores, entre otros seres anónimos.

Dentro del propósito señalado, **Universitas Fundación y El Bufete, SVMPG & Abogados Asociados**, han querido hacer un pequeño, pero significativo, reconocimiento y expresión de estímulo a quienes sostienen con su vocación docente, remando en contra de todas las dificultades, el funcionamiento académico de la Universidad que más tenemos a la mano, la Centroccidental “Lisandro Alvarado”, UCLA.

Acercarse a la historia docente de esta selección de profesores de la UCLA, muy limitada por razones naturales, es acercarse a una marca venezolana que nos llena de orgullo: pasión por la educación, los saberes y la excelencia académica, y una fe inquebrantable en nuestro país y sus jóvenes estudiantes.

Leer las semblanzas que contiene este corto libro, es llenarse de esperanza y optimismo en relación con el futuro que estamos construyendo y diseñando entre todos, con dedicación especial en la formación de una generación de profesionales que tendrán la tarea de reconstruir sobre lo mejor que habita a Venezuela, un país digno, abierto y generoso.

Joseph Sabbagh

Jairo García Méndez

Directores de **Universitas Fundación**

Socios de **SVMPG & Abogados Asociados**, El Bufete

ALEXIS GUERRA CÓRDOVA*
DIOS NO JUEGA A LOS DADOS

“La historia no es una serpiente que se muerde la cola”, afirma el sociólogo venezolano Laureano Vallenilla Lanz, para refutar la arraigada creencia de que la historia siempre se repite. Todo en ella es proceso, dialéctica; los cambios van a su ritmo y responden a la multiplicidad de fuerzas sociales en juego, en su tiempo y en su espacio únicos. La cultura, la ciencia, la tecnología, la mentalidad, la lengua, la economía, cambian y con ellas, cambia la humanidad. Se imponen nuevas realidades, inesperadas las más de las veces, algunas muy lentas, que dan al traste con sólidas predicciones y con la lógica lineal. Hay realidades que parecen inmóviles como la religión, pero aun así producen mutaciones apenas perceptibles para una generación. Esos cambios no son producto del azar ni obra de individualidades: hay líderes que le toman el pulso a su tiempo histórico y tienen éxito porque no intentan desviar su cauce, sólo se suben a la cresta de la ola.

Alexis Guerra Córdova, en su condición de dirigente gremial del profesorado venezolano, fue un actor clave para dos logros que antes de los años 90 del siglo pasado parecían inalcanzables en el mundo académico del país: la homologación salarial de los docentes universitarios, considerando las condiciones económicas y los índices inflacionarios, y la democratización de las universidades no autónomas, en el sentido de la elección directa de sus autoridades. Treinta años después, esos logros se han disipado. No hay elecciones del gobierno universitario, ni los sueldos alcanzan para cubrir las condiciones de vida mínimamente dignas.

Fue precisamente a principios de los años 90, en la UCLA, donde se dio la apertura por vez primera en el país a la escogencia de las

* Profesor del Decanato de Humanidades y Artes.

autoridades en un proceso interno, experiencia que se replicó en la Universidad Experimental del Táchira (UNET), en la Simón Rodríguez (USR) y en otras universidades de las llamadas experimentales; esto es, bajo el control administrativo, curricular y de autoridades por parte del Estado centralizado. Guerra, para entonces Presidente de la Federación de Asociaciones de Profesores Universitarios de Venezuela (Fapuv), afirma hoy que la estrategia comunicacional de cambiar la denominación de autonomía universitaria –que tanta ojeriza causaba y causa en las esferas del poder–, por la de democratización de las universidades, garantizó el éxito de su gestión el frente del gremio.

De esta manera, en 1990 profesores y estudiantes de la UCLA escogieron directamente al Rector, a los vicerrectores, al Secretario General y a los decanos. Para ese momento, el Ministro de Educación era Gustavo Roosen y el Rector de la UCLA, designado por éste, era Ricardo García de Longoria, quien a su vez, gracias a ese proceso democratizador, se convirtió en el primer Rector electo de esta universidad. Después, el profesor José Bethelmy fue elegido Rector para el período 1998-2002 y Francesco Leone lo sustituiría en el cargo desde 2002 hasta que murió en 2017. Leone, como el resto de las actuales autoridades universitarias del país, tenía el período vencido debido a una disposición del Tribunal Supremo de Justicia que suspendió cualquier proceso electoral en organismos colegiados como estos. El Consejo Universitario designó a la profesora Nelly Velazquez como Rectora encargada en sustitución de Leone.

En 1992, el Decreto firmado por el Presidente de la República, Carlos Andrés Pérez, dio carácter legal al Reglamento General de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, en el que si bien no se califica a la UCLA como universidad autónoma, al reconocérsele como “persona jurídica” se le otorgaba facultades para auto gobernarse, como destaca el historiador Reinaldo Rojas. El país, que ya evidenciaba la fractura del modelo rentista petrolero, experimentaba cambios en el orden político como consecuencia de la presión social que hacía contrapeso a los factores internos del poder y a las multilaterales financieras. Venezuela era un polvorín y las luchas por las reivindicaciones de los sectores más vulnerables eran parte de la agenda diaria. El proceso de despolitización y descrédito de partidos había llegado; nuevos liderazgos entraron en escena, muchos de los

cuales, caerían tiempo después en el mismo abismo del desprestigio político donde estaban los que antes adversaban.

No es que Alexis Guerra se hizo líder empujado por las circunstancias de la crisis de entonces. Ya tenía una trayectoria gremial como Presidente del Centro de Estudiantes del liceo Briceño Méndez en su ciudad natal, El Tigre, en el oriente venezolano, y como representante de los alumnos de la escuela de Administración de la Universidad Central de Venezuela ante la Federación de Centros Universitarios. En aquella experiencia juvenil del liceo, asegura, está el germen de su pasión por la docencia, ya que el profesor de Minerología, Edgar Sánchez, vio en él su condición de dirigente y buen comunicador, por lo que le sugirió pensar en hacerse docente para ganarse la vida.

Una vez graduado de administrador en la UCV, en 1972, Alexis Guerra se hizo funcionario de la Contraloría General de la República, un oficio que le exigía recorrer el país constantemente para hacer auditorías en organismos públicos. Era el momento de estabilizarse en un lugar; ya había visitado a la entonces apacible, ordenada y limpia Barquisimeto, por lo que pensó que esta ciudad sería un buen lugar para radicarse y buscar nuevos derroteros profesionales. Aquel consejo del profesor Sánchez vino a su memoria cuando un amigo le conminó en 1973 a que se integrara al equipo de docentes del Ciclo Básico Superior, un proyecto novedoso del Ministerio de Educación diseñado especialmente para los bachilleres que aspiraran a ingresar en las universidades de la ciudad (UCLA, UPEL, Unexpo), y que consistía en que éstos hicieran estudios previos, de tal manera que estuvieran mejor preparados y más seguros ante la escogencia de las carreras universitarias. Guerra fue también fundador de la Asociación de Profesores del CBS.

En 1980 llegó a la UCLA por recomendación de su colega Antonio Vargas, quien lo presenta ante el director del programa de Administración y Contaduría, Florencio Sánchez. Empezaba su carrera académica y a poco, hizo vida gremial en la Asociación de Profesores de la UCLA, primero como Tesorero en 1986 y luego como Presidente en los períodos 1986-1988 y 1990-1992. De allí saltó a la Presidencia de Fapuv (1988-1990).

Desde hace 37 años está en la UCLA el profesor Guerra, quien atesora una placa de reconocimiento entregada por los primeros egre-

sados de la Maestría en Contaduría, cuando él asumió la coordinación de Posgrado del Decanato de Administración y Contaduría a mediados de los años 90, durante la gestión de la decana Norma de Anaya. Guerra y su equipo hicieron una reforma curricular de los tres programas de maestría en Administración Pública, Financiera y Agraria, ya que se crearon las maestrías en Contaduría, menciones Costos y Auditoría; y Gerencia, menciones Empresarial y Financiera, además de las especializaciones Tributaria y de Costos.

Guerra, magister en Administración Pública por la UCLA (1982) y doctor en Estudios del Desarrollo (Cendes-UCV, 2008), creó hace 12 años la Cátedra Libre UCLA- BCV, con la que logró apoyo financiero de Banco Central de Venezuela para realizar investigaciones, foros, seminarios y publicar una decena de libros sobre el tema del desarrollo. Con el profesor Mauricio Iranzo como puente entre el Cendes y la UCLA, se lograron los estudios de doctorado en Estudios del Desarrollo para los docentes de la UCLA y de otras universidades de la región.

Mauricio Iranzo, fundador del programa de Licenciatura en Desarrollo Humano de la UCLA, le invita a formar parte del equipo de la carrera que arrancó en 2007 y desde entonces, el profesor Guerra se ha mantenido allí, apoyando la línea de gestión del desarrollo humano sustentable y la filosofía de la sustentabilidad.

Alexis Guerra es el representante profesoral de las universidades experimentales ante el Consejo Nacional de Universidades. Suele echar mano de una frase de Albert Einstein, “Dios no juega a los dados”, para referirse a que nada es fortuito en la vida. “Hay un orden, un sistema de relaciones que está muy por encima de nuestras creencias y los eventos no responden a un azar predestinado. Soy humilde, tengo un alto sentido de solidaridad, manejo la comprensión del otro, eso me da satisfacciones. Hacer el bien sin mirar a quién, retribuye, por eso estoy en la UCLA, acá sigo siendo útil”.

ARMANDO SÁNCHEZ CONTRERAS*

LA UTOPIÍA NECESARIA

En el libro de Mateo se relata un pasaje de lo que sería un diálogo entre Jesús durante su segunda venida al mundo y los que en vida hayan sido justos. Dirá el maestro a sus interlocutores: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.” Extrañados, los justos preguntarán a Jesús cuándo había ocurrido aquello y éste les responderá: “cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Armando Sánchez Contreras es a un tiempo hombre de ciencia, de política y de fe. Esa amalgama de formas de ver al mundo entre el dogma y la razón, han marcado su vida, primero como ferviente católico que es desde su niñez y como militante socialcristiano desde la adolescencia en su Táchira natal y luego, desde su formación como médico en la Universidad Central de Venezuela de la mano de destacados científicos del país. De niño, aprendió que a la muerte se le debe tomar en serio cuando su madre, Ana Eulogia Contreras, estuvo en un sanatorio en San Antonio a causa de la tuberculosis, enfermedad que separó a la familia mientras se esperaba la recuperación de doña Ana, lo que felizmente ocurrió.

Sánchez es, pues, un médico comprometido socialmente que a través de la ciencia atiende al mandato cristiano de amor al prójimo, lo que él llama la “cristificación de la política”, su manera de poner en práctica lo que se describe en la parábola de Mateo. Este hombre formó parte de la llamada izquierda cristiana del partido Copei y esa militancia, a más de signar su accionar político, le dejó una duradera

* Profesor del Decanato de Ciencias de la Salud.

amistad con el ex presidente Luis Herrera Campins, quien lo designó Gobernador del Territorio Federal Amazonas entre 1981 y 1984.

Siendo estudiante en la UCV, junto con otros compañeros de estudio y algunos profesores, apoyó en 1970 el proyecto del padre José María Vélaz, fundador de la organización Fe y Alegría, nacida en el barrio José Félix Ribas de Petare. Allí, Sánchez y sus amigos Roberto Rosquete y Jacobo Walcher hicieron equipo con las hermanas Saturnina Devia y Antonia Santos –que aprendieron técnicas de primeros auxilios en la Cruz Roja–, para crear un dispensario en la llamada Zona 10, donde “no llegaba el asfalto”. En los mismos espacios de un taller de corte y costura, entre tres paredes y un techo de zinc, los muchachos y las monjas habilitaron unos consultorios médicos y una pequeña farmacia. Esa es la historia inicial del dispensario Jesús Maestro que actualmente funciona en esta populosa zona de la Gran Caracas.

Pero, donde “se hizo hombre” Armando Sánchez Contreras fue en el estado Apure, donde llegó siguiendo los consejos de los maestros Jacinto Convit, Pastor Oropeza, Félix Pifano, Elías Guzmán, Leopoldo José Maldonado y Henry Fossaert, quienes les enseñaron a observar la enfermedad de una manera integral y en su lugar de origen. La leishmaniasis, le decía Convit, tenía los más altos índices en el corazón del llano y de allí se propagaba al centro del país. La dureza de las condiciones de vida en la sabana contrastaba con los bellos paisajes de garzas, ganado pastando y “babos” descansando en caños. La riqueza desmesurada de unos pocos y una peonada desnutrida y enferma impresionaron al joven médico que durante dos años, trabajando “de sol a sol”, recorriendo largas distancias en canoas y a lomo de caballo, comprendió, tratando cuerpos ajenos, qué es el hambre, la lepra, la tuberculosis, la malaria. Niños con vientres hinchados, es sinónimo de parasitosis intestinal. “Traten de ser médicos rurales”, les recomendaba el doctor Pifano a sus alumnos de la UCV, porque “allí es donde está la gente que tiene dolencias en el espíritu y en la carne”.

El primer diagnóstico que hizo Sánchez para sus jefes (cuando llegó allí ya era funcionario del Ministerio de Sanidad), arrojó la información de más de un centenar de niños desnutridos sólo en Achaguas, y otro tanto de embarazadas en igual condición. Pasta y arroz, era la dieta diaria de aquella gente; la carne que abundaba en la zona era comida prohibida. En esas circunstancias, sin la proteína que

requiere el cerebro, no se puede pensar. Se era esclavo doblemente: del dueño de la tierra y el ganado, y del hambre. Recordó entonces las clases de Pastor Oropeza, quien enseñaba a prescribir pastillas de sal para la rehidratación oral cuando ataca la diarrea. Pero también, descubrió que aquella mezcla de agua caliente, cilantro de monte, sal y papelón que les daba doña Ana a los niños Sánchez cuando faltaba el alimento en la mesa andina, era un estupendo suero, y así lo recomendó a las madres para sus hijos desfallecidos.

En esas tierras, donde “nunca cobró un centavo a nadie por sacarle una lombriz”, creía Armando Sánchez que pasaría el resto de su vida como sanitarista y dirigente político. Era jefe del distrito número 3, director de un hospital y tenía cinco medicaturas a su cargo. Su radio de acción abarcaba las zonas de Mantecal, Guasimari, Guacharas, El Yagual, Yacurito, San Vicente y Achaguas.

Sucedió entonces que desde la UCLA, donde requerían a un experto en medicina rural, llamaron al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social para que se les recomendara a un profesional que se hiciera cargo de la cátedra que pensaban crear. Jorge Andrade, jefe de recursos humanos del Ministerio, les dijo a Carlos Zapata, Rubén Antonio Díaz y Rafael Marante, líderes de la escuela de Medicina, que el candidato era Armando Sánchez.

En el Ministerio, su sueldo era de 7 mil bolívares mensuales; en la UCLA, Sánchez pasó a ganar 2 mil bolívares al mes como auxiliar de parasitología, mientras se regulaba su situación como docente. Era el año de 1972, el nuevo profesor vivió y comió en el Hospital Antonio María Pineda. Cuando el consejo de la escuela aprobó la cátedra de medicina rural, Sánchez buscó una estructura adecuada para llevar adelante el proyecto académico, tratando de poner en práctica lo que había aprendido de sus maestros y de sus vivencias en el Apure. El intento que empezó en el hospital del entonces distrito Jiménez tuvo resistencia de las autoridades. Las puertas se cerraron en varias localidades hasta que el profesor Sánchez se encontró con un joven cardiólogo que con un pequeño equipo de colegas empezaba a desarrollar un novedoso programa de atención médica en Duaca, Bartolomé Finizola, líder de lo que sería años después un modelo de autogestión institucional de renombre internacional: Ascardio. Desde entonces, hay una sólida amistad entre Finizola y Sánchez.

Año 1973, Duaca es el punto de partida del programa de medicina rural de la UCLA, que después se extendería a otros lugares de Venezuela. El equipo de Bartolomé Finizola, estaba integrado por sus colegas Enrique Meléndez, Dilia de Sosa y José Manuel Pulido. Con el apoyo de la sociedad civil se habilitó una residencia cercana al hospital para los 12 estudiantes cursantes del sexto año de la carrera y sus maestros. Se trabajaba de lunes a sábado al mediodía y en las tardes, recorrían los caseríos de Carrizal, Perarapa, El Toro y El Eneal. Diego Borzelino hoy célebre cirujano cardiólogo venezolano, fue el primer pasante que tuvo la zona de Los Pocitos. La presencia de chipos explicaba por qué había tantos problemas cardíacos en la zona, mucha gente enferma de Chagas. “Montábamos una suerte de tienda de campaña y las personas acudían allí, les enseñábamos a hervir y colar el agua. Encontramos también muchos casos de diarrea, anemia, parasitosis”, recuerda Sánchez.

La experiencia se replicó en otros estados. En 1976, con el apoyo de Gaetano Matarozzo, jefe del servicio de salud pública en Yaracuy, empezaron a trabajar Sánchez y sus estudiantes en Chivacoa, Guama, San Pablo, Urachiche y Campo Elías. El doctor Jacinto Convit viajaba desde Caracas para dar charlas sobre leishmaniasis a los futuros profesionales, quienes lo nombraron padrino de promoción. Cuando el número de alumnos de la UCLA subió a 200, se extendió el programa de medicina rural a Píritu, Turén, Santa Rosalía, El Playón, Chabasquén, Biscucuy, en el estado Portuguesa. En Guárico, se situaron en Calabozo Guadatinajas, El Rastro y Camaguán. En Barinas, también estuvieron.

Y otra vez Apure, esta vez, Cunaviche, San Juan de Payara y Puerto Páez en la frontera con Colombia. De los ocho alumnos que envió la Universidad, cuatro se quedaron en aquellas tierras. La guerrilla colombiana dejaba pasar a los estudiantes de la UCLA y a su profesor a ambos lados del río que hace de frontera entre los dos países; en una barca militar venezolana, los pasantes iban a vacunar y curar enfermos del territorio vecino, guerrilleros incluidos.

Sánchez y sus estudiantes siguieron los pasos que años atrás había recorrido Lisandro Alvarado como médico, lingüista y etnógrafo. Esa fue una manera de homenajear al epónimo de la Universidad, que realizó importantes estudios sobre la cultura, la historia y las

condiciones sanitarias en el llano venezolano y sus vivas heridas de las guerras del siglo XIX. .

Armando Sánchez, el gobernador que acudía a las reuniones de gabinete del Luis Herrera vistiendo las corbatas que éste le regaló, aún sueña con un mundo mejor. Cree que desde la UCLA se puede seguir dando amor al que más lo necesite. “No quiero jubilarme, tengo la capacidad física e intelectual para seguir trabajando; estar con los muchachos y ayudar a la gente es beber el agua fresca de la montaña. Somos teología y energía, pertenecemos a una geografía y a una historia. Comprender la vida es entender las células que son naturaleza hecha vida y la neurona es la vida hecha inteligencia, en una evolución estratificada (vegetal, animal y humana) y cualitativamente en ascendencia en un infinito que tiene tiempo y espacio”.

AYMARA HERNÁNDEZ ARIAS*
POLICROMÍA DEL CONOCIMIENTO

En su época de estudiante de Ingeniería en Informática, Aymara Hernández Arias tuvo una oportunidad que para muchos de su generación era envidiable. Los ejecutivos de empresas buscaban talentos en la UCLA y en otras casas de estudio a nivel superior porque sabían del prestigio de la universidad pública venezolana y que contratando a jóvenes bien formados sus compañías estarían en la vanguardia tecnológica y científica mundial del momento. A las aulas del Decanato de Ciencia y Tecnología de la UCLA, recuerda Hernández, acudían, entre otros, los reclutadores de Petróleos de Venezuela (PDVSA) para ofrecer jugosas ofertas de empleo que superaban las condiciones laborales de los padres de aquellos muchachos en materia de salarios y estabilidad.

A su grupo le dieron la oportunidad de trabajar en la zona de Los Pijiguaos, en el Amazonas o en los campos petroleros del estado Zulia. Los salarios y la posibilidad de ingresar a la que fuera una de las mejores empresas del mundo, atraieron a varios de los estudiantes que terminaron haciendo carrera en PDVSA. Aymara Hernández lo pensó mucho. Se trataba de un proyecto de vida que garantizaría el bienestar propio y la tranquilidad de su familia. Prefirió quedarse en Barquisimeto, junto a los suyos, y buscar otros derroteros profesionales, que a la larga, le dieron muchas satisfacciones. El tiempo le dio la razón. A estas alturas, está contenta por su desempeño de 25 años como profesora de la UCLA.

Esta mujer no ha parado de estudiar y en ese empeño se ha codeado con la diversidad del conocimiento. Es Ingeniera en Informática (UCLA, 1990); magíster en Ingeniería Industrial (UNEXPO,

* Profesora del Decanato de Ciencias Económicas y Empresariales.

1998); doctora en Estudios de Desarrollo (CENDES-UCV, 2009) y especialista en Gerencia (UNY, 2017). Además, ha incursionado en la búsqueda del desarrollo espiritual a través de la creatividad, ya que en la Escuela de Artes Martín Tovar y Tovar de Barquisimeto, ha estudiado dibujo y pintura, y desde 2012 mantiene una prolífica trayectoria que incluye su participación en 29 exposiciones colectivas y salones de arte en esta ciudad. Aunado a ello, forma parte del proyecto *Kuai Mare*, que promueve la educación en artes plásticas a través de la web.

La profesora Hernández Arias es autora del libro *Redes y vinculaciones organizacionales: estado del arte en el contexto de la postmodernidad* (2016) y coautora de otros siete textos sobre las tecnologías de información y comunicación, gestión de revistas científicas, y sistemas de información y gestión empresarial. Como autora y coautora, ha publicado 25 artículos en revistas científicas nacionales y extranjeras. De igual manera, ha presentado ponencias en jornadas de investigación en Venezuela, Chile, Cuba y Brasil.

En 1994, ingresó al equipo profesoral del Decanato de Administración y Contaduría. Allí, acompañó al profesor Francisco Guzetta en su línea de investigación sobre Estrategia Empresarial, específicamente en el área de tecnologías de información y comunicación en las pequeñas y medianas empresas. “Siempre tuve la inquietud de saber cómo se usaban las TIC en los procesos empresariales y en la productividad. Empecé en esa línea de gerencia, la mejora, la utilización de estándares para lograr objetivos, la vinculación de la estrategia con los costos, recursos tecnológicos, capital intelectual para que hacer que soporten el proceso de negocios”, recuerda.

En el antiguo DAC, Hernández impartió clases de Informática I, Informática II, Tecnologías de información y Competencias de negocio. En posgrado, ha tenido a su cargo los seminarios Introducción a la Computación y Métodos de investigación cualitativa en Ciencias Sociales.

Hernández Arias es desde 2007 la directora de la revista *Compendium*, del Decanato de Ciencias Económicas y Empresariales de la UCLA (fundada en 1995 por la profesora Concheta Sposito) y forma parte de la Comisión Académica del Doctorado en Gerencia del mismo Decanato. Durante dos años fue miembro del comité editorial de la *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo (RELET)*. Entre

2008 y 2014, estuvo también en el comité editorial de *Observatorio Laboral Revista Venezolana*, que publicaba la Universidad de Carabobo.

Entre 1997 y 2000, integró junto con el profesor Alirio Dávila la Comisión de la Universidad Virtual UCLA, un proyecto de educación bi modal. “Aprendí a hacer diseños de páginas web con el profesor Álvaro Muñoz, también estuve en la comisión de la Red de Investigación Educativa (Reducla) junto con las profesoras Ayolaida Rodríguez y Reina de Robertis. En el Sistema Integrado de Gestión Académica SIGA, que contiene la data de todo el personal de la universidad, tuvimos una participación importante. Esto ha sido un aprendizaje permanente”, afirma.

La profesora Hernández Arias estuvo en el Programa de Promoción al Investigador (PPI) del Ministerio de Ciencia y Tecnología entre 2005 y 2009. Cuando pasa a llamarse Programa de Estímulo a la Innovación e Investigación (PEII) y hasta la fecha, Hernández se ha mantenido en él y está en el nivel C como reconocimiento a su trayectoria profesional.

El arte le ha abierto nuevos horizontes. “He aprendido a ver la vida como si se tratara de un aparato de radio en el que se va buscando la mejor emisora. Es como sintonizarse con lo sustancial de la vida, con gente que tenga una visión más positiva ante lo que nos acontece en la cotidianidad. He aprendido a valorar en los detalles más sencillos el potencial estético, una flor, una raíz u otro objeto de la naturaleza”.

BLANCA PULIDO QUINTANA*
MUY CERCA DE DIOS

Afirma el poeta indio Rabindranath Tagore, que cuando un ser humano trabaja, Dios lo respeta y que cuando canta, Dios le ama. También de Tagore: “No se puede enseñar más que aquello que se ama; vale más callarse cuando no gustamos de lo que estamos enseñando. Así pues, no debemos enseñar más que aquello que guarda para nosotros un cierto misterio”. Blanca Pulido Quintana trabaja, canta y enseña con pasión lo que ama, que es el canto mismo. Durante 20 años, mantuvo una academia de educación musical para niños, jóvenes y adultos, y con ese fervor de dar a otros lo que ha aprendido, llegó a la UCLA para enseñar la historia de la música y el canto lírico. Dios tiene que estar de su lado.

Pulido Quintana fue solista en la Orquesta Sinfónica de Lara y la *Schola Cantorum* del Conservatorio Vicente Emilio Sojo, donde estudió repertorio coral y sinfónico. Esa escuela estuvo dirigida por los maestros Héctor Gutiérrez y Ángelo D’ Addonna, y de allí salió el tenor Aquiles Machado. En los tiempos de mayor proyección del Sistema de Orquestas, hubo presentaciones de tres mil voces en el Teatro Teresa Carreño de Caracas; allí estuvieron Machado y Pulido.

Antes de ser cantante lírica, Blanca Pulido (que también es compositora) y su hermana Carolina fueron las voces y autoras de las melodías del grupo de rock sinfónico Énfasis de Barquisimeto, dirigido por el guitarrista Nicho Meloni. De esa experiencia de emprendimiento musical autogestado hay dos discos, uno de ellos titulado, precisamente, *Blanca*, con 12 temas de la autoría de Pulido. Para ella, el haberse iniciado con la música popular en el género del pop y formarse luego en el rigor del mundo lírico, le ha permitido

* Profesora del Decanato de Humanidades y Artes.

incursionar en diversas modalidades del canto como el blues y el jazz, estilos en el que hace dupla como intérprete con el maestro arreglista Fernando Fréitez. Si le toca vocalizar el réquiem de Mozart se ajusta a lo que dicen las partituras, pero si tiene una presentación de jazz, lo hace con la espontaneidad propia de los músicos populares.

Blanca Pulido está vinculada a la UCLA y a la música desde que era una niña. Su madre, la cantante lírica Mercedes “Cheita” Quintana, quien trabajaba en la Dirección de Cultura de la Universidad, solía llevar a Blanca y a Carolina a los conciertos de la orquesta de cámara que dirigía el maestro Carlos Mendoza, autor del Himno de la Universidad. Quintana estudió inicialmente en la academia de Doralisa de Medina, también preceptora de José Antonio Abreu, creador del Sistema de Orquestas de Venezuela. En los mismos espacios de Cultura de la UCLA, “Cheita”, –formada en Noruega e Italia–, dio sus primeras lecciones de canto a la pequeña Blanca. Madre e hija se labraron el mismo camino artístico que da sentido a sus vidas.

El programa de Licenciatura en Música de la UCLA nació en 2011 y tiene cinco menciones: Dirección Coral, Dirección Orquestal, Composición, Educación Musical y Ejecución Instrumental, ésta última con 17 submenciones, entre otras, guitarra, piano, violín, saxofón, fagot, cuerdas, piano y canto lírico, éste último considerado un instrumento. La profesora Blanca Pulido es la directora de la carrera desde hace tres años y comparte sus responsabilidades administrativas con la enseñanza del difícil arte de las arias.

Este programa de licenciatura tiene la particularidad de que sus docentes, si bien son en su mayoría músicos altamente reconocidos, son también profesionales de áreas distintas al arte. El Pedagógico de Barquimeto permitió que varios de ellos se formaran como profesores mención Educación Musical, como ocurrió con Pulido, quien en esta misma institución hizo una maestría en Gerencia Educacional. La experiencia adquirida en su academia particular y en algunos colegios en los que enseñaba técnicas de la música académica para la versión popular, le convenció de su vocación por el trabajo en el aula.

Si algo le satisface es hacer esa tarea educativa con niños. Para ellos, Pulido ha escrito un cancionero inspirado en lo que en los colegios donde trabajó denominaban centros de interés. Así, hay un tema para la escuela, otro para la familia, el cuerpo humano, los sentidos, los

alimentos, la comunidad, los oficios, los animales, la amistad. “El mar y un pez” es uno de sus favoritos. Pulido diseñó un método de enseñanza de ejecución de la flauta dulce con banda rítmica (los tamborcitos, pandereta, triángulos), coro y la escritura del pentagrama de una manera divertida con esas piezas creadas por ella. Es un esfuerzo de dos décadas que espera ser publicado. “Estoy trabajando en la edición del cancionero con las letras, y las poesías”, asegura.

Pero también, Blanca Pulido tiene composiciones de Pop y Blues que ha montado con el profesor Fernando Fréitez. A ambos se les dio la tarea de musicalizar la obra de teatro “Un blues para la ciudad”, inspirada en la vida de Robert Johnson, el hombre que “vendió su alma al Diablo” para que éste le convirtiera en un virtuoso de la guitarra. Para montar la obra, se valieron de un coro cuyos integrantes tenían las características físicas de los góspel de las iglesias protestantes estadounidenses. Fueron cinco temas que compusieron Pulido y Fréitez sobre la azarosa vida de Johnson, el trabajo de los esclavos en los campos de algodón del Sur, el racismo; todo en Español. El director fue Oscar Cortés y el elenco de artistas lo integró el plantel del taller estable Contrapeso.

Blanca Pulido, la Decana Gisela Boscán y otros docentes de Humanidades y Artes están desarrollando un proyecto de sustentabilidad del Decanato, tanto para el mantenimiento de su infraestructura como para preservar la relación tradicional de la UCLA con la ciudad y sus habitantes. Los conciertos que antes se hacían en el auditorio Ambrosio Oropeza con los que los estudiantes cerraban su proceso de formación, ahora se hacen en la misma sede del DEHA, para que la gente que vive en el centro de Barquisimeto disfrute de estos repertorios. La relación con otras instituciones es una estrategia clave para este cometido, tal como ocurrió con el Centro Cardiovascular Regional (Ascardio), con el que se estableció una alianza de mutua cooperación, ya que la Universidad prestó sus espacios, mostró el talento de los estudiantes de Artes Plásticas y ofreció un concierto para los médicos que asistieron a un congreso internacional de cardiología organizado por el doctor Bartolomé Finizola y su equipo. En esa noche de armonía, melodía y ritmo, llamada “Una serenata para el corazón”, los visitantes extranjeros se llevaron una buena impresión de la ciudad, de la Universidad y del talento de su gente. A cambio de ello, Ascardio

donó materiales para restaurar y alumbrar el patio del Decanato.

Se han ido varios docentes del Decanato; eso no amilana a los que quedan en él. “Hay que seguir. Nos han tocado momentos especiales, estoy satisfecha con este equipo. Tenemos un proyecto de extensión para invitar a los antiguos maestros de canto que están por allí dispersos por la ciudad para hacer propuestas de talleres con ellos. Recuperando, integrando, preservando, hay que tener viva la esperanza, estar preparados para cuando los que se han ido vuelvan”, dice con optimismo Blanca Pulido.

Viniendo de ella no es poca cosa ese entusiasmo. Como muchas madres de este país, ha tenido que ver a sus dos hijos, Antonella y Ernesto, marchándose a otros países. Blanca Pulido, quien nació en México y vivió en Noruega hasta los ocho años de edad (su padre era diplomático, por lo que la familia iba a donde le asignara la Cancillería), es tan venezolana como sus padres. “Hay algo que me mantiene aquí, son tantas cosas por hacer. Yo llegué a Venezuela grandecita, mi primer idioma fue el Inglés y luego el Noruego, aquí aprendí a hablar Español, pero también a querer a esta tierra. No me quiero ir”.

CARLOS MEDINA RIVAS*
UNA CRUZADA CONTRA LA MUERTE

Este hombre puede pasar una noche entera en la más absoluta soledad esperando a que caiga un murciélago hematófago en la red que ha dispuesto en la entrada de una cueva o al pie de un árbol donde se posan estos mamíferos alados. Con uno solo que capture, según él, estará hecha parte de la tarea profiláctica. Le untará una crema mortífera en el hocico y lo liberará para que cuando regrese con su manada comparta la saliva envenenada que puede matar a unos 25 de ellos. El riesgo de que los quirópteros de tipo vampiro sean reservorios del virus de rabia es muy alto y esta enfermedad es mortal para otros seres vivos. Carlos Medina Rivas, docente del Decanato de Ciencias Veterinarias, tiene casi tres décadas trabajando para que éste y otros virus no maten a animales y a humanos. Es una batalla interminable y alguien tiene que darla. Los veterinarios como él, son los guerreros con los que cuenta la sociedad en esta cruzada.

El profesor Medina Rivas se ha vacunado contra la rabia y se protege con unos guantes gruesos y una careta de protección antes de acometer esta extraña empresa de atrapar vampiros en medio de la oscurana. La “captura selectiva”, como le dice, se hace en las noches más negras porque estos animales salen a alimentarse precisamente en las fases de Luna Nueva o Cuarto Menguante para pasar desapercibidos por las otras especies. ¿Le muerden los murciélagos? No está exento de un ataque, pero no es tan fácil para estos mamíferos voladores obtener sangre humana directamente, porque nuestra especie tiene la capacidad de proteger zonas vulnerables y defenderse ante una agresión.

Generalmente, este tipo de quirópteros (que pueden almacenar sangre en su organismo en una proporción que puede ser la mitad de

* Profesor del Decanato de Ciencias Veterinarias.

su peso) muerden al ganado y a otros animales que no pueden evitarlos y además, tienen en su hocico una especie de sedante que adormece la piel donde penetran sus afilados dientes. A una vaca, por ejemplo, usualmente la muerden en la unión de las pezuñas con el resto de las patas, en la ubre, el cuello, las orejas o el lomo, las zonas donde no puede quitarse de encima al murciélago. La rabia ataca el sistema nervioso y si hay infección, hay que sacrificar al animal.

Son tres los tipos de murciélagos: los que se alimentan de sangre o hematófagos, los insectívoros y los frugívoros, que comen frutas y semillas. Los dos últimos son los que más abundan y suelen ser inofensivos para la especie humana. El vampiro puede ser portador del virus de la rabia, pero no muere por ello; si infecta a otro ser vivo, éste sí morirá. En Venezuela, explica el profesor Medina, hay unas 150 tipos de enfermedades zoonóticas (que se transmiten de humanos a animales y viceversa), muchas de ellas desconocidas, pero las más comunes son la rabia, leishmaniasis, leptospirosis, brucelosis y cisticercosis, que transmiten los murciélagos, los roedores, los cerdos, los perros y muchos otros vertebrados e insectos portadores de virus.

Hay más de 1.000 especies de murciélagos en el mundo, pero solo tres de ellas son del tipo hematófago o vampiro. La zona de Sarare, en el estado Lara, es endémica en este tipo de quirópteros, aunque Medina ha trabajado en el centro, llanos y el oriente del país. Los productores agropecuarios de estas zonas acuden a la UCLA en busca de solución al problema del ataque a animales y a humanos. Es un proceso de mutuo beneficio, dice Medina, ya que también se aprende de quienes lidian en el propio ambiente de los animales. “Si hay hilos de sangre seca en el ganado, es seguro que han sido atacados por los murciélagos”, asegura.

Solo cuando Medina Rivas tiene la absoluta certeza de que algún estudiante que quiera acompañarle está vacunado con la toxoide antirrábica, podría incorporarlo a su equipo de captura. Se lleva entre dos y cuatro de sus discípulos a la jornada; es una experiencia que no olvidan y siempre agradecen al profesor por la vivencia y el aprendizaje.

Como muchos de los profesores del Decanato, ubicado en Tarabana, Medina Rivas fue alumno, y al descubrir su vocación por la enseñanza, luego de un tiempo del ejercicio privado y de ser personal

administrativo, se incorporó al equipo docente de la UCLA en 1993. Ha hecho posgrados en su especialidad. Por ley, ya debería estar jubilado, pero prefiere seguir en la Universidad porque es una razón de vida. De sus maestros, (todos fueron muy buenos, asegura), recuerda con especial cariño a Guliano Paparella, Luis Alberto Ruiz Padilla, que todavía colabora con la UCLA, y a José Antonio Contreras.

Medina Rivas es el jefe del departamento de Salud Pública del Decanato, instancia en la que están adscritas las áreas de Parasitología, Higiene e Inspección de Alimentos, Microbiología Veterinaria y Epidemiología Veterinaria. Coordina también el posgrado de Medicina Preventiva, donde es profesor. Ante la ausencia de personal, cuando las tareas académicas y administrativas se lo permiten, se le suele ver barriendo el piso de su oficina, inspeccionando los pocos aparatos de aire acondicionado que no han sido robados en Tarabana y hasta tramitando constancias de notas para los egresados.

Carlos Medina Rivas es doliente de la Universidad, como muchos otros profesores, obreros y personal administrativo de la UCLA. No quiere que se vayan los muchachos, aunque reconoce que la necesidad obliga. Con muchos de sus ex alumnos que se han ido del país conversa siempre; le enorgullece que su formación sea bien valorada en el extranjero, pero prefiere que ese esfuerzo y talento se queden en Venezuela. “Yo creí que una vez graduado regresaría a Caracas, de donde soy, pero no lo hice. En la UCLA fui estudiante, aprendí de mis maestros el compromiso con la institución, con el país. Es un asunto de valores, de ética, aquí seguiré mientras tenga fuerzas”.

CARLOS ALBERTO MELÉNDEZ PEREIRA*
APRENDER A DESCIFRAR LAS PARADOJAS
SOCIALES QUE NO APARECEN EN LOS LIBROS

El almacén del Estado venezolano dependiente del modelo rentista ya advertía sus primeras señales de agotamiento en los años 80 del siglo pasado. En este trayecto de lenta agonía –cuyo final parece cercano–, los conflictos sociales se agudizan en la medida en que las demandas de los más vulnerables van quedando relegadas en el camino. Los gobiernos de este largo periplo se han ganado el desprestigio, sobre todo cuando los agentes clientelares comparan los tiempos de los picos más altos de la bonanza petrolera con los de la sequía de las arcas públicas. El poder, ante la imposibilidad de arreglos sociales, pierde el control de las masas que ya no creen en los mecanismos tradicionales o nuevos de participación que limitan la autonomía de la gente; el caos y el miedo ganan terreno ante la incertidumbre.

Mientras esto ocurre, las paradojas burlan la lógica interpretativa, se apela al juicio de los expertos de la teoría social para saber qué está pasando, cómo llegamos hasta aquí y cómo podemos salir del atolladero en el que se encuentra Venezuela. Sucede que la realidad tiene sus dinámicas que sorprenden hasta a los más avezados científicos sociales cuando se enfrentan a escenarios impredecibles. A ello, sume usted la antipolítica como fenómeno global que en nuestro país tiene sus particulares ribetes.

Carlos Alberto Meléndez Pereira nació, creció y vive en el contexto de este lento proceso de declive de un país que en su momento tuvo una de las economías más sólidas del mundo y fue un referente de democracia en Latinoamérica. En su Carora natal, la conflictividad social estaba liderada en los años 80 y 90 por grupos de izquierda que

* Profesor del Decanato de Humanidades y Artes.

hoy son adeptos al Gobierno y cuya conducta ante los problemas por los que antes luchaban ahora es neutra, inerte.

Criado en el seno de una familia católica con inclinaciones políticas socialdemócratas, Meléndez se habituó a las discusiones sobre las razones de los estallidos sociales como el de 1989 o los golpes de Estado que les sobrevinieron después. Esos temas, más la llegada de una nueva era surgida en 1999 con otros actores políticos que tenían sus propios métodos de relacionarse con el resto de la sociedad, despertaron el interés del joven Meléndez en estudiar la realidad venezolana.

Desde el bachillerato, cursado en el Instituto María Inmaculada de Carora, Meléndez sabía que su orientación profesional estaba entre las humanidades y las ciencias sociales. Ávido lector de los artículos de opinión en la prensa local y nacional, y admirador de los ensayistas y escritores latinoamericanos, compartía con su padre, Alberto Meléndez, largas horas de tertulia sobre la literatura, la política, la cultura. La disyuntiva entre el derecho o la sociología se inclinó a favor de esta última.

Sociólogo egresado de La Universidad del Zulia (2009) y magister en Desarrollo Social (2016) por la misma casa de estudios, Meléndez es el director del programa de licenciatura en Desarrollo Humano de la UCLA (única carrera de este tipo en Venezuela) y director del Capítulo Lara del Observatorio Venezolano de Violencia. A los 33 años de edad, ha alcanzado metas importantes tanto en la Universidad como en otros ámbitos del quehacer intelectual, aunque prefiere aplicar la “micro sociología” para encarar problemas concretos antes que hacer abstracciones teóricas sobre lo macro social.

En LUZ, Meléndez conoció de cerca la violencia política entre grupos de izquierda y socialdemócratas que dirimían sus diferencias a “plomo limpio” a la hora de los conteos electorales en las instancias de representación estudiantil o por el control del presupuesto de las llamadas providencias. Entendió tempranamente que una mejor forma de hacer política en esa casa de estudios era desde lo académico, reflexionar acerca del papel de la sociología ante problemas como la violencia urbana, la pobreza o los espacios de poder en una sociedad fuertemente polarizada. Por ello, junto con sus compañeros de aula, Alberto López y Daniel Velasco, participó activamente en la organización

de los congresos de estudiantes de sociología y antropología (CONESA), de todo el país en los que se invitaba a los maestros Orlando Alborno, Rigoberto Lanz o Alexis Romero Salazar, para compartir ideas sobre la manera de construir una sociedad más equitativa, con la democracia como base fundamental ante un proyecto político que ya para entonces se mostraba hegemónico. El homenaje a los 30 años de egresados de la primera promoción de estudiantes de Sociología de LUZ, fue otro de los eventos que organizaron los jóvenes del grupo CEPE. Allí estuvieron Coromoto Algarra, especialista en Sociología de la Salud, Rafael Parra, Carmen Vásquez y el mismo Rigoberto Lanz que fue profesor fundador de la escuela.

La escuela de Sociología de LUZ fue una experiencia que forjó el espíritu crítico de aquellos jóvenes organizados en lo que ellos denominaron la Comisión Estudiantil de Promoción Académica (CEPE). Meléndez recuerda las particulares maneras de trabajar de los profesores Leoncio Pinto, Evaristo Méndez, Luis González, Emilia Bermúdez, Natalia Sánchez y Rafael Parra, quienes despertaban el interés de los muchachos por analizar lo social y hacer las cosas bien hechas. Además de las clases habituales, los docentes se reunían una vez por semana con los estudiantes para reflexionar sobre temáticas diversas y trazar planes de trabajo dentro y fuera de la universidad. “Ellos, y también los maestros que no eran nuestros profesores como Roberto Briceño León, Rigoberto Lanz y Orlando Alborno, nos enseñaron qué era hacer ciencia, aprendimos a defender a la sociología crítica, ese fue un discurso que nos marcó”, asegura.

Los profesores Alexis Romero Salazar y María Cristina Parra, le dieron la oportunidad a Carlos Meléndez de participar en la edición y promoción de la revista *Espacio Abierto*, una de las más importantes publicaciones científicas de sociología de Latinoamérica. Con el profesor Gustavo Chourio, el joven Meléndez trabajó en el proyecto de investigación sobre las dinámicas socio espaciales en el reconocido centro comercial Las Playitas, un conglomerado de actores de la economía popular, ubicado en el centro de Maracaibo y donde se construyó la estación principal del Metro. Allí, confluían los conflictos, la violencia y la organización de la gente para afrontar sus problemas, temas que sirvieron de base para su trabajo de grado y el desarrollo de las pasantías profesionales. “Esa experiencia de Las Playitas me cambió

la perspectiva; empecé a cuestionarme, primero porque la sociología por sí sola no daba explicación de la realidad; segundo, quedarse entre sociólogos es difícil para empujar las cosas, al final, la sociología se nutre de otras ciencias, hay que buscar la manera de vincularse con las otras disciplinas”.

Tras un tiempo en la dirección de pasantías de la Universidad Yacambú, Meléndez se integró en 2009 al equipo del programa de Desarrollo Humano, cuando éste era dirigido por el profesor Mauricio Iranzo, su fundador. Bajo la égida de Iranzo y Alexis Guerra se compenetró Meléndez con el enfoque de desarrollo humano, que entró en boga en las discusiones de organismos multilaterales como el PNUD, y que se alimenta de los aportes de los economistas indios Amartya Sen y Mabub ul Haq.

La plataforma universitaria le permitió a Meléndez integrarse a una red de investigadores latinoamericanos que abordan el tema de la juventud, la universidad y la política. Fruto de ese trabajo conjunto es un libro editado en México en el que Meléndez es coautor. También, ha desarrollado en el programa de la UCLA la línea de investigación de Democracia y Desarrollo Humano.

Desde 2010, Carlos Meléndez trabaja con el Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) y el Observatorio Venezolano de Violencia (OVV) que dirige Roberto Briceño León. Es una red nacional que integran, entre otros, los profesores Jesús Subero de la UDO, Freddy Crespo de la ULA y Alexis Romero Salazar de LUZ. De este esfuerzo conjunto ha salido este año el libro *Los nuevos rostros de la violencia en Venezuela*, que presenta cifras de un drama que carcome las bases morales de la sociedad.

La “visión liberal” de la política que tienen los jóvenes, aprendida a través de lo que ven en las redes y demás medios de comunicación, ha sido también objeto de interés de Meléndez, quien ha impulsado centros de discusión en Carora y Barquisimeto sobre la calidad de la democracia y la responsabilidad ciudadana desde los parámetros del enfoque de desarrollo humano. La idea es fomentar abordajes que superen la dicotomía entre buenos y malos, y que tengan valores como la tolerancia, la paz y el respeto a los derechos humanos. Es una tarea difícil, reconoce, porque muchos jóvenes han huido a otros países y los que se quedan están dando prioridad a su subsistencia.

En 2015, junto con los profesores Yelena Salazar y Fidel Ceballos, Meléndez participó en la creación del Laboratorio de Desarrollo Humano (LADESHU) que levanta información sobre lo que ocurre en la región en materia de derechos humanos, participación política, pobreza, calidad de la educación, entre otros aspectos. Con Piero Trepiccione, del Centro Gumilla, Meléndez, Salazar y un equipo de investigadores acaban de elaborar un informe sobre las condiciones socio económicas de la comunidad universitaria en el estado Lara.

“Desde inicios de 2019 nos acercamos a un cambio político, es necesario. El empobrecimiento progresivo, el éxodo, la forma como ha mutado la violencia del Estado, muestra el debilitamiento de la sociedad, pero también del Gobierno. Aun en ese contexto, tiene sentido hacer universidad. Ante las pretensiones de cerrar sus puertas, la universidad se contiene, es un espacio de divergencia, de pensamiento crítico, no podemos abandonar lo que hemos ganado como país”, asevera Meléndez.

CARMEN MENDOZA*

APAÑARSE CON LO QUE SE TIENE

Carmen Mendoza ha aprendido a sobrellevar la crisis con trabajo y con los pocos recursos que tiene a la mano. Formada en tiempos de bonanza, en los que los estudiantes y profesores del Decanato de Ciencias Veterinarias viajaban por Latinoamérica para mostrar a sus pares los avances de Venezuela en materia de salud animal, ha entendido que cuando llega la tempestad hay que cortar las olas y mantener el barco a flote. Aún tiene el entusiasmo de cuando contaba con viáticos, equipos y reactivos para hacer pruebas de laboratorio, a la hora de atender a los estudiantes de bachillerato que acuden al Decanato para asesorarse en sus proyectos de investigación relacionados con la biología y la química. Con esos jovencitos han salido propuestas interesantes como las del uso de la saliva de perros para cicatrizar heridas, algo sabido por los profesionales del área, pero novedoso para los futuros bachilleres.

En su Decanato han logrado mantener la investigación básica con sus estudiantes, pero también con los muchachos de los liceos que acuden a la UCLA a aprender ciencia y a la vez, cumplir con el requisito de los proyectos. Aprendieron que la saliva de perro cicatrizó heridas en otros animales y el café sirve de estimulante para que los ratones busquen la salida de un laberinto. “Son jóvenes con ideas ambiciosas y eso es bueno, pero no siempre se les puede ayudar porque algunas requieren análisis moleculares, que no se hacen aquí. Yo los oriento, ellos experimentan y me transfieren su entusiasmo”, afirma Mendoza.

Ese espíritu de trabajo lo adquirió Carmen Mendoza desde su época de estudiante de Veterinaria, cuando se integró como asistente al equipo de la Unidad de Investigación Haití Moussatche

* Profesora del Decanato de Ciencias Veterinarias.

con la profesora Aura López de Ortega en su línea sobre problemas cardiovasculares y radicales libres. Estos últimos son electrones no apareados que pueden desestabilizar el metabolismo del organismo o causar la muerte del animal sino se atiende a tiempo. La naturaleza tiene sus mecanismos de autorregulación que en este caso son los antioxidantes que ceden electrones para nivelar el sistema, pero puede generarse una saturación o stress antioxidativo con consecuencias fatales. ¿Por qué es importante saber esto? Porque los electrones equilibrados luchan contra bacterias y virus que afectan a animales y a humanos.

Cuando Carmen Mendoza era estudiante, la Unidad Haití Moussatche estuvo integrada por unos 20 docentes investigadores con varios frentes de trabajo. En los laboratorios de Veterinaria de la UCLA se hacía el perfil bipédico y se producían antioxidativos para tratar la arteroesclerosis, hígado graso u otros problemas relacionados con la reproducción animal. Otras de las líneas con mucha actividad fueron la de neurociencia, que coordinó el profesor Nelson Daló y la de productos naturales, a cargo de la profesora María González. Todas estaban interrelacionadas, recuerda Mendoza, ya que una vez que se determinaba la patología en las muestras de sangre, se trataba con ese tipo de productos y en muchos casos resultaron efectivos los procesos de curación. En esta escuela, Mendoza aprendió a hacer investigación básica y experimental.

Carmen Mendoza, doctora en Biomedicina por la Universidad de Zaragoza, es la coordinadora de la Unidad de Investigación Haití Moussatche y del eje de Extensión del Decanato de Ciencias Veterinarias. Antes, paso por todas las escalas como asistente de investigación con su mentora, la profesora Aura López, y una vez graduada estuvo en el cargo de técnica en investigación. Viajó a Chile, Cuba, Brasil y México, así como a varios congresos en Venezuela. Concursó en el año 2002 como docente para la asignatura Biología Celular y Molecular, y ganó, aunque su periplo en la UCLA es de más larga data, si se toma en cuenta su período de estudiante y asistente.

La profesora Mendoza está desarrollando una línea de investigación sobre la diabetes mellitus en animales y cómo su tratamiento puede ayudar a los humanos que padecen esta enfermedad. Ella y su equipo de docentes y estudiantes han probado

productos naturales, como la popular “cola de caballo”, antioxidantes y antibióticos de alto espectro para tratar a los animales con esta patología. Lograron mejoras en los niveles de glucosa, pero no pueden ensayar con personas. “Cuando tenemos la información del tratamiento con el modelo animal, ésta se convierte en una referencia para otros investigadores que con más recursos y en los espacios adecuados pueden hacer estudios profundos y ofrecer alternativas para el diabético humano”, asegura.

Para Mendoza, el apoyo institucional interno y externo ha sido fundamental para mantener a flote la investigación en su Decanato. Prueba de ello fue el respaldo que dieron científicos venezolanos y extranjeros el año pasado a las XII Jornadas de Investigación, a las que asistieron unas cien personas, algo poco común en eventos de este tipo. La profesora agradece a sus colegas que presentaron ponencias y conferencias para la actualización del conocimiento de estudiantes y docentes.

En Extensión, a falta de presupuesto lo que queda es la voluntad de trabajo, lo que también agradece Mendoza a su equipo. En la cercana zona de Agua Viva, pero también en Aroa, Sarare y en otros estados del país, el Decanato ha desarrollado programas de atención en salud de animales domésticos y de cría; capacitación en las escuelas y asistencia técnica, todo ello sin costo alguno para las comunidades. Lamenta, eso sí, que sea poco valorado en algunos espacios la labor tesonera que tiene la UCLA, aunque no deja que el desánimo se imponga.

¿Por qué sigue en la UCLA? Por vocación. “Siempre le digo a los estudiantes que aprovechen lo más que puedan de los profesores que quedan. Estamos aquí por amor a la UCLA, pero a veces no sabemos hasta cuándo podremos soportar... No sé. No le voy a decir que no me voy a ir, uno siempre espera que esto cambie, que mejore. Yo no sabía cuánto era el contenido de un frasquito de oxitocina, ahora sé que tiene 10 mililitros, se acababa uno y yo destapaba el otro. Ni para la investigación, ni para la extensión, hay presupuesto... Ya veremos”.

FEDERICO ARTETA BRACAMONTE*
LA DIALÉCTICA COMO ESCUELA

El apego a los dogmas puede llevar a experiencias ingratas cuando se cae en cuenta de que la realidad suele ir por un camino distinto del que pintan las ideologías. ¿Qué otra cosa pudo sentir el joven comunista húngaro Imre Lipschitz (nombre verdadero del filósofo de la ciencia Imre Lakatos) cuando la Unión Soviética en 1956 arrasó a plomo limpió las protestas de miles de personas que, pese a adherir al marxismo, fueron acribilladas en las calles de Budapest o fusiladas como el Secretario General del Partido Comunista, Imre Nagy, por el hecho de querer ser libres de la tutela rusa y elegir su destino como nación?

Lipschitz, que cambió su apellido a Lakatos en honor a la clase obrera de su país, tras la amarga vivencia de desencanto del marxismo, huyó a Inglaterra donde desarrolló su carrera intelectual. En adelante, y aprendiendo de los maestros filósofos, se convenció de que no todo tiene explicación en las teorías y que la crítica y la tolerancia en condiciones de libertad son el mejor aliciente para el pensamiento científico. Por supuesto, hubo quienes desde la lógica dicotómica del bueno y el malo despreciaron a Lakatos y a su obra, porque traicionó a la causa revolucionaria y se pasó al bando enemigo. La historia termina demostrando otra cosa; no es asunto de derecha, ni de izquierda. La caída del Muro de Berlín en 1989 y antes, el discurso de Nagy en aquellas protestas de 1956, dieron la razón a quienes cuestionaban la estructura burocrática de la URSS que aplastaba cualquier atisbo de disidencia o libertad.

Algo similar debió sentir el médico Federico Arteta a mediados de los 80 del siglo pasado. Él, como muchos intelectuales de su

* Profesor del Decanato de Ciencias de la Salud.

generación, creía en la llegada de una sociedad mejor, sin clases sociales, ni explotación entre los seres humanos. El tiempo, los hechos y la razón le abrieron los ojos tempranamente, vino el cuestionamiento a las verdades que no eran tales; eso fue algo difícil de asimilar para muchos de sus amigos. La energía intelectual se orientó entonces a pensar en la universidad desde organizaciones como el Foro Democrático que lideraban Luis Fuenmayor Toro y Freddy Cárquez. A Arteta, como docente de la UCLA, le inquietaba lo que sería la universidad ante aquellos cambios que sacudían al mundo y las primeras señales de debilitamiento del modelo rentista petrolero de Venezuela.

Desde joven, sus inquietudes políticas han ido a la par de su amor por la ciencia. Así, se hizo médico y también, realizó posgrados en medicina y en historia, esta última su otra pasión, a la que ha llegado de la mano de su fraterno amigo, Reinaldo Rojas. Con la historia ha aprendido a comprender el presente desde su relación con el pasado y viceversa. ¿Cómo entender la actual tragedia venezolana sin escrutar lo que ha sido un país que ha vivido durante un siglo casi absolutamente de la renta petrolera? Ciencia médica y ciencia histórica ocupan, pues, el pensamiento de Federico Arteta, formado en la Escuela Vargas de la Universidad Central de Venezuela en la corriente de la llamada medicina antropológica, liderada, entre otros maestros, por los doctores Otto Lima Gómez y Carlos Moros Gherzi.

Federico Arteta cree que decidió ser médico por admiración a quien fue su pediatra, Murci Dalta. Al niño le sorprendía la manera en que Dalta le explicaba al matrimonio Arteta Bracamonte cómo y por qué funciona el organismo de una persona que empieza el ciclo de la vida, y también, su comportamiento, sus emociones. Con un horizonte algo confuso acerca de su futuro profesional, como cualquier bachiller, llegó Arteta a la Escuela Vargas en 1967, a pocos días de ocurrido el terremoto que acabó con parte del viejo edificio del hospital universitario de San José, en Caracas. La tradición humanística de la medicina, que tenía su núcleo en la Vargas, llegó al país en los años 50 a través de los profesores formados en Francia como el científico curarigüeño Carlos Gil Yépez. Esa visión antropológica de la profesión, fue impulsada por él y por Gabriel Trompiz, Miguel Ron Pedrique, Blas Bruni Celli, Moros Gherzi y Lima Gómez.

La facultad de Medicina de la UCV tiene dos escuelas: la

humanista o antropológica del Hospital Vargas, iniciada en 1962, y la del Hospital Clínico Universitario, otrora centro asistencial de los mejores del país, que estaba al día con los avances tecnológicos en materia de neurocirugía y cardiocirugía. Allí se crea el posgrado de medicina interna con Enrique Benaím Pinto y Blas Lamberti.

La Sala 7 y el Instituto de Medicina Antropológica que había fundado Blas Bruni Celli serán los espacios de la Escuela Vargas donde el joven Federico se formará. El cierre de la UCV entre un clima de protestas antimperialistas retrasó hasta 1974 la graduación. Una vez profesionalmente reconocido por el Estado, Arteta apoyará al llamado “Grupo de Apure”, integrado por jóvenes médicos de orientación socialcristiana algunos y marxistas los otros, que atendían a la población campesina del llano venezolano. Arteta estará en Guayabal durante un año y luego se trasladará al estado Yaracuy, donde sus amigos Ángel Alberto Saturno y su esposa Aída Pérez, le darán acogida y le recomendarán para trabajar en el hospital Plácido Daniel Rodríguez Rivero de San Felipe, “una tacita de plata” para la época. En esas tierras conocerá a la Madre Teresa de Calcuta, cuando fundó una de sus congregaciones en Cocorote.

En la búsqueda de nuevos escenarios para el crecimiento profesional, se interesó por la experiencia que en Duaca estaba desarrollando un joven médico llamado Bartolomé Finizola. Corría el año de 1976 y ya la Escuela de Medicina de la UCLA estaba allí con su programa de pasantía rural al mando de los profesores Armando Sánchez y Leonardo Montilva. Arteta trabajará como médico en el hospital de Duaca y apoyará en la docencia a la Universidad. Finizola le invita a participar en el equipo con Eleazar García y Gustavo Maldonado en un proyecto innovador, que será el origen de la Asociación Cardiovascular Centroccidental (Ascardio), y que en pocos años será una institución de renombre internacional. Finizola tenía entre sus planes formar una unidad de investigación y atención de enfermedades del corazón que no logró acogida en el hospital Antonio María Pineda de Barquisimeto, pero sí en el hospital Luis Gómez López, donde el doctor Cordero le dio un espacio a él y al también cardiólogo Hernán Ramírez Rojas para llevar adelante su plan.

Federico Arteta no está en este proceso inicial de Ascardio porque regresó a la Sala 7 de la Escuela Vargas a realizar una maestría

en Medicina Interna bajo la dirección de Otto Lima Gómez. Luego, en 1980, su amigo Leonardo Montilva, le conmina a sumarse a un proyecto de la UCLA, el Núcleo Integral para el Desarrollo de Salud, (Nides), que empezaría en Yaracuy. Era una propuesta innovadora de currículo paralelo que establecía una “descentralización geográfica en la enseñanza de la medicina”, integrando al estudiante desde el primer año a las comunidades. Una llamada de Moros Gherzi a Rafael Marante, director de la Escuela de Medicina, le abrió las puertas en la UCLA y desde entonces, Federico Arteta forma parte de su equipo docente.

En 1985, regresará a Caracas a especializarse en Neumonología y una vez reintegrado a la UCLA, decide alternar la docencia con el ejercicio privado en la Clínica Razzetti. A la par de ello, está el debate permanente en el Decanato de Medicina sobre la calidad de la universidad venezolana y la necesidad de una reforma institucional. La izquierda vuelve a dividirse en facciones irreconciliables, mientras el desencanto dejaba sin referente a la intelectualidad marxista. El neoliberalismo anda por sus fueros; Cuba se abría a la división internacional del capitalismo con el turismo como pivote y poco antes, China había entendido que el mercado era el mejor camino para el crecimiento de su pueblo. “No importa el color del gato, lo importante es que cace ratones”, es la frase que simboliza la nueva filosofía reformista económica de Den Xiaoping.

Finizola, que no era de izquierda, parecía tener la brújula mejor orientada que algunos intelectuales. Se integra Arteta a su programa de Ascardio, sigue en la Razetti, en la UCLA y se suma a un nuevo plan: los programas de descentralización impulsados por la Comisión para la Reforma del Estado (Copre) que dan sus frutos en Lara a mediados de los años 90 con experiencias exitosas como Fundasalud, al cuyo frente está Finizola. Por vez primera, las comunidades organizadas construyen y ponen en funcionamiento centros de atención sanitaria como los ambulatorios de Santos Luzardo, Cerro Gordo, El Trompillo y el Sur. La gente de los barrios se autogestiona rindiendo cuentas al Estado y logra importante avances que se truncan cuando vuelven las políticas centralizadoras de la era chavista. Lo poco que queda en pie de aquella experiencia dista mucho de lo que fue una vez.

Con la satisfacción del deber cumplido en Fundasalud, vendrá un nuevo reto intelectual para Arteta en la Maestría en Historia que

inició la UCLA y la UPEL- IPB en 2002, y de donde saldrán él y su amigo Segundo Ceballos como integrantes de la primera cohorte, ambos tutelados por Reinaldo Rojas. Sus temas serán la reconstrucción histórica de la salud en Venezuela, del Hospital Antonio María Pineda de Barquisimeto y de la organización Ascardio. El gusanillo de la ciencia de los hombres en el tiempo había picado a Arteta y por eso, nuevamente en la UCV, sigue sus estudios de posgrado. En 2019, obtiene el título de doctor en Historia.

Aunque ya está jubilado, Federico Arteta sigue trabajando ad honorem en pre y posgrado del Decanato de Ciencias de la Salud. “Estoy en la UCLA porque creo en la universidad, hay que plantearse otros paradigmas, ya estamos en la cuarta revolución industrial que Mayz Vallenilla había asomado en los 80, las relaciones sociales han cambiado y la universidad como la conocemos ya no se sostiene. Rafael Reif, el venezolano presidente del Instituto Tecnológico de Massachusetts, tiene mucho que enseñarnos al respecto. Si puedo dar mi aporte para los cambios que habrán de venir, lo haré gustosamente”, afirma.

HUGO BIANCO DUGARTE*
UN HOMBRE DE LAS CIENCIAS DURAS
QUIERE APORTAR AL PAÍS

Hugo Bianco Dugarte es el cuarto venezolano en obtener el certificado ISO 22.000 para evaluación sensorial de la industria de alimentos, otorgado por Quality International. Si tomamos en cuenta la importancia que tiene para un país la garantía de que sus habitantes puedan consumir alimentos con estándares de calidad, no es poca cosa que un profesor de la UCLA esté acreditado por un organismo mundial que reconoce sus competencias como evaluador de los procesos que podrían implicar riesgos de alteraciones químicas, alergénicas, físicas y microbiológicas en los lugares en los que se cultiva e industrializa lo que come la gente. Bianco, farmacéutico egresado de la Universidad de Los Andes, obtuvo este reconocimiento en México en el año 2012.

Ese entusiasmo por la ciencia lo llevó a trabajar en conjunto con un grupo de colegas del Decanato de Agronomía de la UCLA en un proyecto de instalación de dos laboratorios en el núcleo Argimiro Bracamonte que tiene la Universidad en la ciudad de El Tocuyo, estado Lara. Estos laboratorios servirían para la capacitación de los estudiantes y para prestar servicios de análisis y asesoría a productores agropecuarios, cooperativas, industrias y empresas de interés social de toda la región centroccidental en materia de control de alimentos y metodología agroindustrial.

La potencialidad de cosecha de hortalizas de la zona de Guarico, Humacaro y Quíbor, de donde sale el más alto porcentaje de las hortalizas que consume Venezuela, es de 33 rubros, además de tomate, cebolla, papas y otros, tomando en cuenta las condiciones de suelo, el clima y la garantía de acceso al agua, según un estudio elaborado por

* Profesor del Decanato de Agronomía.

la Universidad de Los Andes. Si llegaron a desarrollarse los niveles de producción agrícola y pecuaria de la zona de El Tocuyo y Quíbor, los laboratorios proyectados por los profesores de la UCLA garantizarían –de acuerdo a los parámetros internacionales– la calidad de los alimentos con los que abastece el mercado nacional e incluso los que podrían exportarse.

Además, los laboratorios podrían prestar servicio a los productores de derivados lácteos que hacen vida en la región. El proyecto fue introducido hace siete años en la Oficina de Planificación del Sector Universitario, pero hasta ahora no ha habido respuesta del organismo, pese a los encuentros que sus promotores han tenido con los funcionarios.

Como muchos profesores de la UCLA, Hugo Bianco Dugarte conoció tempranamente sus potencialidades profesionales gracias al estímulo que le dio la profesora Leonor, responsable de la asignatura de química en el liceo Coto Paúl de Barquisimeto, para que emprendiera sus estudios universitarios en una carrera afín a la química. Así lo hizo, partió a la Escuela de Farmacia de la Universidad de Los Andes, donde por su buen desempeño estudiantil, ganó un concurso para el cargo de preparador en el departamento de Análisis de Medicamentos y simultáneamente se formaba como farmacéutico, título obtenido en 1995.

Se inició como visitador médico, pero su vocación estaba entre el mundo de las ciencias duras y la docencia, por eso continuó sus estudios de maestría en Química Aplicada en la ULA, donde obtuvo el título de magister en Química Analítica. Con este aval entró por concurso de oposición a la UCLA en el año 2003 y una vez integrado a la planta profesoral, continuó su proceso formativo, esta vez como doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad Fermín Toro de Barquisimeto.

El profesor Bianco está adscrito a los programas de Técnico Superior Agroindustrial (El Tocuyo) e Ingeniería Agroindustrial del Decanato de Agronomía y es además, el director fundador de la revista científica *Catedea*, la primera de ese tipo que publica el núcleo de El Tocuyo. Este medio de difusión del conocimiento funciona desde 2015. Bianco fue coordinador de la comisión de evaluación institucional de la UCLA entre 2010 y 2012, instancia que permitió la gestión de

indicadores de impacto de la investigación científica de la UCLA, elaboración de un modelo integral de evaluación del docente del Decanato de Agronomía y otro de actualización y reforzamiento de la actividad docente.

Por su carisma y desempeño profesional, el profesor Bianco ha sido padrino de 13 promociones de técnicos en Agroindustrial y en 2008, se hizo miembro del Programa de Promoción al Investigador (PPI) del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Ha sido autor y co autor de tres libros referidos a sus competencias profesionales, ha publicado 12 artículos en revistas científicas y ha participado en 14 jornadas de investigación.

Bianco es de los que cree que deben mantenerse las puertas abiertas de la Universidad, aun en las condiciones adversas del país. “En la UCLA hay mucho trabajo por hacer, creo que es un compromiso de todos. Estoy dispuesto a seguir luchando para que la Universidad se mantenga en pie. He tenido que viajar diariamente de Barquisimeto a El Tocuyo, lo hago gustosamente, para mí, el trabajo es un placer”.

JESÚS MIGUEL RODRÍGUEZ CASTILLO*
EL RETO DE PRESERVAR LA HISTORIA MUSICAL
DE UNA CIUDAD Y DE SU UNIVERSIDAD

Jesús Miguel Rodríguez Castillo está en esta serie de biografías porque es joven, porque cree en la Universidad y en el país, porque ha decidido ser profesor y porque no se quiere ir de Venezuela. Está en este libro porque es el director encargado de la Orquesta de Cámara de la UCLA (la única de este tipo en la universidad venezolana) y de la Orquesta Mavare, ésta última patrimonio espiritual de la ciudad de Barquisimeto, pero también de esta casa de estudios, y una de las más antiguas agrupaciones musicales del país. Jesús está en estas páginas porque es un ejemplo de valentía, como lo son algunos estudiantes de la UCLA que hoy abren y cierran las puertas de sus decanatos y barren los pisos de sus aulas para recibir clases.

Jesús Rodríguez está en este libro porque ha asumido un compromiso con el conocimiento y porque quiere crecer profesionalmente, considerando el contexto en que le ha tocado vivir. Todas las semanas viaja de Barquisimeto a Caracas a cursar una maestría en Musicología en la Universidad Central de Venezuela; eso no tendría que ser motivo de extrañeza, pero en las condiciones actuales, es una hazaña recorrer cerca de 720 kilómetros de carreteras inseguras cada siete días y con un muy estrecho presupuesto para recibir clases en otra universidad –la más antigua del país–, que tampoco quiere morir de mengua.

Para un joven de 33 años de edad es una apuesta de futuro. ¿Estaría mejor Jesús en alguna calle de Lima o de Buenos Aires tocando el clarinete a cambio de unas monedas o trabajando a brazo partido en un restaurant para llevar el sustento a Isabel Fabiana, su pequeña hija de cinco meses de nacida? ¿Tendría la fortuna de vivir dignamente

* Profesor del Decanato Experimental de Humanidades y Artes.

como músico en un país extranjero? No lo sabemos. Está aquí y ha apostado a hacer carrera como docente en la Venezuela de hoy; una decisión valerosa. En esta empresa de hacer país con la responsabilidad de una familia le acompaña su esposa Zurvely González, empleada administrativa de la UCLA.

Jesús Rodríguez, ejecutante del clarinete y el cuatro, es profesor egresado en Educación Musical por la Universidad Pedagógica y licenciado en Música por la UCLA, ambas carreras concluidas en 2015. Desde hace dos años, administra las asignaturas de Música Venezolana y Música Latinoamericana en el programa de Música, en las que aborda el contexto sociohistórico de diferentes los géneros de este arte y sus expresiones tanto en el ámbito popular como en el académico. En la UCLA, se especializó en Dirección Orquestal, así que fue una buena oportunidad de desarrollo profesional que le ha brindado esta casa de estudios al confiar en él para que se hiciera cargo de las dos orquestas. Tomando en cuenta la carga histórica de ambas agrupaciones (la Orquesta de Cámara de la UCLA tiene 62 años de existencia y la Mavare ya alcanzó los 122 años de vida), su responsabilidad es muy grande. La Mavare fue adquirida en 2001 por la UCLA durante la gestión del profesor Marco Tulio Mendoza como director de Cultura y José Betelmy como Rector de esta casa de estudios.

Jesús Rodríguez está sistematizando a través de la etnomusicología y el análisis basado en la lingüística, el sonido (esto es, la particularidad del timbre que distingue cada agrupación musical) de la Orquesta Mavare. Esta sonoridad es la combinación del manejo de los instrumentos, la forma de escribir la música, los acentos en las cuerdas o los vientos, lo que da personalidad a una orquesta. La cuatrista Fanny Graciela Valera, de 90 años de edad, es hija de Virgilio Valera, el violinista de la Mavare; ella todavía acude a las serenatas en Santa Rosa y al concierto de cada 14 de enero en homenaje a la Divina Pastora a tocar el cuatro y las castañuelas cuando le convoca el director. Valera y el contrabajista Nelson Vegas, quien tiene 25 años con la Mavare, son algunos de los informantes clave de la investigación llevada a cabo por Rodríguez. “Se habla mucho del sello Mavare, pero este trabajo no está escrito, lo que se conoce es por tradición oral. En Quíbor encontré documentación de Juan Pablo Ceballos, pianista de la Mavare, fue el primero, creo. Hallé unas grabaciones de cómo lo hacía él, la manera

como toca Fanny el cuatro y Nelson el contrabajo, me permite ir conociendo cómo tocaba el papá de ella y los otros músicos”, explica el profesor Rodríguez.

La mamá de Jesús Rodríguez, Aurora Castillo, y su abuela, Aurora Villegas, fueron cantantes. El bisabuelo, Rafael Villegas, se ganaba la vida como músico en los pueblos aledaños a Quíbor. Quizás por eso, la inclinación musical le viene a Jesús desde niño. Fue cuatrista en las misas de la iglesia Sagrado Corazón e integrante de la estudiantina del liceo Jacinto Lara de Cabudare. A los 15 años de edad, se matriculó en la Escuela de Música Vicente Emilio Sojo de Barquisimeto, donde fue seleccionado por unos profesores de la Universidad de Shenandoah, Estados Unidos, para un intercambio de formación que duró un año. Allí, dictaba clases de clarinete a niños hijos de migrantes mexicanos. Rodríguez formó parte de la Orquesta Típica del Conservatorio de Barquisimeto que dirigía el profesor Douglas Pérez y de la Orquesta Sinfónica Juvenil de Lara, bajo la dirección de Alfredo D Adonna. Así conoció el repertorio clásico académico. “Yo sentía la trascendencia que llena el espíritu después de cada concierto. Ya era algo serio, esa experiencia me dio la perspectiva de que sí podía dedicarme a la música como profesión”, confiesa.

Un director- explica el profesor Rodríguez-, debe conocer cómo funciona todo el aparato orquestal, el carácter de los integrantes, las composiciones que va a dirigir. Debe preparar el repertorio, conocer los compositores, el estilo de cada período, la historia de la obra, del país de origen, cómo suena esa pieza en cada una de las secciones de la agrupación para conocer la particularidad de las sonoridades. En los ensayos, debe imaginarse cómo se va a escuchar la música, y aproximarse a lo que será el concierto, el mayor esfuerzo es previo y durante las pruebas. “En su mejor momento, la Orquesta de Cámara llegó a tener 24 músicos, actualmente, titulares de la UCLA, hay sólo 3. Hago el enlace para que los estudiantes de la Licenciatura en Música se incorporen para compensar las vacantes. Igualmente, con la Mavare, que sigue con 7 músicos pero requiere de 25; afortunadamente están los bachilleres y otros artistas de la ciudad que colaboran, a la gente de Lara le duele su orquesta, siempre vienen”, asegura Rodríguez.

El reto de Jesús Rodríguez es que ambas orquestas sean sostenibles dentro del contexto en que se encuentra la universidad. La edad

no es impedimento, está convencido. “Miguel A Guerra tenía 19 años cuando creó la Mavare y en 1915, la asume Napoleón Lucena que no llegaba a los 30. Eran también tiempos muy difíciles. Escogí ser profesor porque creo en las instituciones, con todas las limitaciones aún vale la pena defender a la UCLA; ella adquirió la orquesta, era un patrimonio que se iba a perder. Eso me hace creer en la Universidad, estudié en una época donde había cierta bonanza, más facilidad. Ahora, como profesor, hay limitaciones pero siento empatía con los estudiantes. Yo también aprendo de ellos, esa interacción, me alimenta el deseo de quedarme, si puedo ayudar como a mí me ayudaron, debo hacerlo”.

LUIS TRAVIEZO VALLES*

LA HUELLA INDELEBLE DE ARNALDO GABALDÓN

Con inteligencia y una mirada detenida de lo que existe alrededor -aun cuando la rutina se empeña en decir que no hay nada nuevo-, se puede llegar a la construcción de sólidas hipótesis que tomarían por sorpresa al más avezado de los escépticos. El quehacer científico es capaz de hallazgos fascinantes donde otros sólo ven lo obvio, que por obvio, solapa lo interesante. Esta lógica de valorar el potencial de la ciencia, incluso en los escenarios más sencillos, fue aplicada recientemente por el profesor Luis Traviezo y su equipo de alumnos del Decanato de Ciencias de la Salud de la UCLA. Tras hacer unas pruebas en los intercomunicadores de cien edificios de Barquisimeto y Cabudare, en el estado Lara, Traviezo y sus discípulos comprobaron la presencia en 60 % de estos aparatos de siete tipos de parásitos transmisores de enfermedades.

No es razón de alarma, con la limpieza permanente de los intercomunicadores usando un trapo humedecido en cloro, se estarían ahorrando unas cuantas alergias, fiebres y diarreas los habitantes de estas ciudades. Hay más: en los aparatos más desajustados por el uso frecuente, en los que la gente suele hundir las yemas de los dedos con firmeza, aumenta el número de células epiteliales (producto del micro desgarramiento de la piel) y de parásitos. Extraña relación ésta, pedacitos de dermis y microbios haciendo hábitat en los botones de esos dispositivos eléctricos.

De niño, Luis Traviezo quedó impresionado con la imagen de unas mujeres de las zonas rurales del estado Bolívar llevando al inspector sanitario Benigno Traviezo, padre de aquel chiquillo, unos frascos contentivos de las lombrices que los hijos de ellas habían

* Profesor del Decanato de Ciencias de la Salud.

expulsado luego de la aplicación del tratamiento contra el *Ascaris lumbricoides*, que es como los científicos llaman a estos invertebrados. Era una señal de agradecimiento para con el funcionario enviado a aquellas tierras por el Ministro de Sanidad y célebre científico Arnoldo Gabaldón, quien diseñó y puso en práctica una exitosa campaña contra el paludismo en Venezuela durante el siglo pasado.

Luis Traviezo creció acompañando a don Benigno a los remotos lugares del sur de Venezuela en los que brotaban la enfermedad de Chagas, la parasitosis intestinal y el paludismo, debido a las precarias condiciones de vida de sus habitantes. Inspeccionaban letrinas, canales y reservorios de agua naturales, casas rurales. Ante cualquier síntoma extraño de alguna persona, los funcionarios de Malariología analizaban su sangre para detectar contagios y sobre todo, prevenir un nuevo brote de la terrible malaria o paludismo, que diezmó la vida de millones de venezolanos hasta 1962, cuando el país le ganó la batalla a este mal gracias a una intensa campaña liderada por el doctor Gabaldón. El DDT fue la más poderosa arma contra los insectos vectores.

Para la familia Traviezo era motivo de orgullo que don Benigno fuera parte de la historia venezolana de la lucha contra las enfermedades endémicas y que además, fuera miembro del equipo de Gabaldón. Luis nació en San Félix porque al estado Bolívar fue enviado su padre por el Ministro. Doña Lucelia, la madre, supo de la pasión temprana de Luis por el mundo de los microrganismos; aprendió aquel jovencito que esos huevos de ácaros y parásitos que veía en los microscopios de su padre eran capaces de hacer mucho daño, lo cual le hizo reflexionar acerca de seguir los pasos de su papá en el combate contra las enfermedades que segaban tantas vidas.

Sobra decir que la química y la biología fueron sus materias preferidas en el liceo Arístides Rojas. Don Benigno y su familia se han radicado de San Felipe, estado Yaracuy; allí ha sido designado él director regional de la Unidad de Endemias Rurales y Parasitosis Intestinal. Cuando llega el tiempo de la formación profesional, se matricula Luis Traviezo en la Universidad de Carabobo para hacer la carrera de Bioanálisis, culminada en 1992. Ha sido alumno del doctor Cruz Manuel Aguilar, el primero en descubrir la *leishmaniasis* en equinos. Tres años después, Traviezo aplica para un concurso de

credenciales en la Escuela de Enfermería de la UCLA, donde al poco tiempo pasa a ser docente ordinario y desde entonces, está en esta Universidad prestando servicios en los programas de Enfermería y Medicina.

Luis Traviezo ha hecho en la Universidad de Los Andes una maestría en protozoología (es el único protozoólogo en el estado Lara) bajo la tutela del doctor José Vicente Scorza, otro gran científico venezolano. Una línea en el tiempo de generaciones de preceptores se trazaría así: Luis Pasteur es el maestro de José Gregorio Hernández, quien es el maestro de José Francisco Torrealba, quien formó a José Vicente Scorza, quien enseñó a Luis Traviezo. El compromiso moral y profesional de esta herencia científica y la pasión por la parasitología, marcan el accionar de Traviezo en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado.

La protozoología es la ciencia que estudia los animales de una sola célula, como los parásitos que transmiten la amibiasis, la malaria, la toxoplasmosis, los más conocidos. Como investigador, Traviezo ha recorrido buena parte del estado Lara y del resto del centrooccidente venezolano. En la región, él y sus alumnos llevan el registro de 30 parásitos, entre los que están los transmisores de Chagas y leishmaniasis. En los últimos dos años, el profesor Traviezo ha apoyado a la Fundación NaWuaraos que agrupa a médicos, enfermeros y bioanalistas. En las zonas selváticas del Delta del Orinoco, este grupo de científicos ha instalado tres quirófanos móviles para atender a las comunidades Warao. Fue en esas tierras lejanas donde Traviezo y otros colegas descubren un tipo de *balantidium coli*, parásito que portaba una indígena. Le llamó la atención la morfología del microrganismo. El hallazgo ha sido publicado en revistas científicas de México, Bolivia y Venezuela.

En la selva, Traviezo y sus colegas hallaron también un parásito de cuatro núcleos que produce la amibiasis; podría tratarse de una variante o nueva bacteria *E. coli*. “No sé si fue transmitida de animales a humanos, ya que los indígenas alimentan de caracoles y báquiros”, afirma. Para saber si es una nueva especie hay que hacer la biología molecular del microrganismo. “Eso es muy caro, no tenemos los reactivos, sólo las máquinas en la UCLA”.

El profesor Luis Traviezo tiene una dilatada tarea investigativa en el municipio Andrés Bello del estado Lara, zona hiperendémica

para la *leishmaniasis*, ya que el mosquito vector vive entre los 500 y 1.000 metros sobre el nivel del mar. Traviezo trazó un mapa epidemiológico del territorio y asegura que con el apoyo de satélites se puede detectar rápidamente zonas afectadas por esta enfermedad. Su hipótesis es que donde hay cambios de bosques primarios (que no han sido intervenidos por el hombre) a bosques secundarios (con presencia humana) hay mayor presencia de los mosquitos que antes se alimentaban de roedores, pero al huir éstos pican a las personas y las contagian. “Empecé a comparar deforestación reciente con nuevos casos de *leishmaniasis*, había una relación estadísticamente significativa. Presumo que cuando terminen la represa de Yacambú va a haber repuntes de la enfermedad por la misma razón, ojalá me equivoque”, afirma.

Luis Traviezo es además autor del *Atlas Básico de Parasitología Médica*, que registra unas 25 especies de microorganismos y sus vectores en Venezuela. Es el único estudio de este tipo en el país y varios ejemplares están distribuidos en las bibliotecas de centros de investigación de Latinoamérica y otras partes del mundo. Hay otros dos libros de su autoría, uno sobre la *leishmaniasis* visceral y el otro sobre la *leishmaniiasis* cutánea. Además, el profesor Traviezo es un orgulloso padrino de 25 promociones de los programas de Medicina y Enfermería de la UCLA.

En el ámbito de la divulgación del conocimiento, Traviezo está vinculado desde hace 10 años a las revistas científicas de la UCLA. Comenzó con *Salud Arte y Cuidado*, después pasó a integrar el equipo editorial del *Boletín Médico de Posgrado* acompañando al profesor Jesús Roberti, y luego, se integró a la *Revista Venezolana de Salud Pública*, donde aún se mantiene. Ve con satisfacción el resurgimiento de las revistas de la UCLA. “Eso es un oasis, una de las cosas que se hacen muy bien en la Universidad”, asegura.

Razones tiene Luis Traviezo para sentirse satisfecho en sus 25 años en la UCLA.

MARÍA ELENA SANABRIA CHÓPITE*
HACER CIENCIA RESCATANDO
LEGADOS ANCESTRALES

Keshava Bhat es un reconocido taxónomo y etnobotánico indio que dejó una escuela de sanación en 15 países de América, Europa, África y Asia a través de lo que él denominó la “reeducación natural” y el “naturismo tropical”, un método alimenticio basado en el aprovechamiento de las propiedades benéficas de vegetales y plantas, y cambios en el estilo de vida de las personas. En la Universidad de Oriente, en Cumaná, Bhat fue profesor de botánica en pre y posgrado durante varios años; allí dejó huellas imborrables en sus discípulos, entre los que se cuenta a María Elena Sanabria, galardonada por la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela con el premio Mujer en Ciencias 2018.

El doctor Bhat (dueño de una memoria prodigiosa, llamaba a sus alumnos por el número de cédula y hablaba en perfecto Español) le encomendó a Sanabria el registro de los tipos de plantas existentes en los manglares de toda la costa del estado Sucre. Fueron 705 kilómetros recorridos lentamente en lancha durante tres años, una vez por semana, tarea con la que ella desarrolló su trabajo de grado para recibirse como bióloga. De esa experiencia quedó un libro hecho a cuatro manos con el profesor Luis José Cumana. Muchas de esas especies vegetales han desaparecido por la contaminación del mar y el cambio climático. De gran parte de aquel paisaje natural solo quedan las fotos, los dibujos y la data que recogió Sanabria.

Un día, María Elena Sanabria quedó impresionada porque el maestro Bhat se sentó en el suelo e hizo que ella ocupara un taburete alto mientras conversaban en una clase. La intención del sabio –cons-

* Profesora del Decanato de Agronomía.

ciente de la admiración que Sanabria sentía por él–, era que la alumna entendiera que también él podía aprender de ella, que la humildad debía ser parte de la actitud de un científico. Ella cree que una manera de honrar a sus maestros (incluye entre sus afectos de la UDO a los profesores Isidro Bermúdez y al mismo Cumaná) es seguir su ejemplo de compromiso con el trabajo y poner el conocimiento al servicio del país. Autora y co-autora de más de 70 artículos científicos y tres libros sobre botánica y biología aplicada (uno de ellos dedicado a los árboles de los llanos venezolanos), esta mujer desarrolla en los estados Lara, Trujillo, Mérida y Táchira una línea de investigación sobre el control biológico de extractos de plantas y productos naturales para combatir plagas en cultivos, y endo y ectoparásitos de animales. Antes, había desarrollado estudios de taxonomía botánica en el occidente y la región de los llanos.

El premio de la Academia se otorga a las mujeres por su trayectoria científica en las universidades venezolanas, la formación de talentos y sus investigaciones concluidas. Por vez primera, se decidió de manera unánime entre los expertos de este organismo colegiado la designación del galardón. Para el reconocimiento Mujer en Ciencias se valora también la constancia investigativa en temas innovadores que resuelvan problemas. Además, se toma en cuenta la producción de proyectos institucionales e interinstitucionales. Sanabria, quien es profesora de la UCLA desde 1979, ha tenido apoyo del sector privado y de organismos públicos como el Fonacit y Codecit.

Para este tipo de ciencia, el trabajo en equipo es fundamental, razón por la cual ella agradece el acompañamiento que ha recibido de sus colegas profesores en la labor investigativa: Norberto Masiel, Maritza Ojeda, Dorian Rodríguez, Rosario Valera, María Pérez de Camacaro, Johnatan Torres, Orci Escalante, Luisai García, María Forlano y Maribel Bravo, todos de la UCLA. Pero también, reconoce el respaldo de productores que aún creen en la Universidad, como el señor Carlos Rodríguez, propietario de la finca El Potosí, ubicada en el estado Falcón, y quien ha auspiciado los estudios para el desarrollo de productos controladores de plagas y parásitos. La UCLA ya ha producido con este apoyo material un garrapaticida con extractos de cáscaras de naranja (con la ayuda de estudiantes de bachillerato, recogieron los sacos que dejaban los vendedores ambulantes de jugo en Barquisimeto y Cabudare) y orégano. A cambio, el señor Rodríguez

provee a la Universidad de alcohol, reactivos, bidones y otros recursos para continuar con las investigaciones y la formación de talentos.

Sanabria, Rodríguez, Escalante y García se han dedicado en los últimos años al estudio y sistematización de los conocimientos ancestrales para la cura de enfermedades, recetas culinarias y coloración de tejidos de lana a partir de extractos vegetales en el eje andino. Mucuchíes, Timotes, Bailadores y los llamados pueblos del Sur, son lugares muy aislados cuyos habitantes no tienen acceso a medicinas ni a médicos como en la ciudad y que tratan sus males con las plantas de su ecosistema. Al ser transmitida en forma oral, esa información corre el riesgo de perderse. “Hay personas importantes como el chamarrero, el primero que ubicamos, ellos conocen las plantas. La abuela que está en las últimas etapas de su vida, lega a su hija y a su nieta ese saber, reconocen cuáles son los arbustos venenosos y cuáles no, pero no lo escriben, el conocimiento pasa de boca en boca. La manzanilla, por ejemplo, es un humectante y resuelve problemas estomacales y el pasote es útil para los parásitos, pero hay muchos más, como el romero, el yagrumo”, explica Sanabria.

Para ella, no es una experiencia nueva la de adentrarse en lugares remotos para hacer ciencia. Durante su posgrado en Biología Aplicada en la UDO, los profesores la enviaron junto con otro estudiante al pueblo de Macuro, en la punta oriental del estado Sucre, donde llegó Colón por vez primera al territorio que hoy ocupa Venezuela. No había carretera para llegar hasta allí; desde Güiria salían con los lancheros que los dejaban en el lugar y los recogían a la semana siguiente. “Entrevistábamos a la gente sobre el uso de plantas medicinales, muchas de ellas no estaban registradas en la literatura etnobotánica. Esas personas se veían obligadas a usarlas porque no había un ambulatorio, ni médico, estaban a la buena de Dios, así curaban sus enfermedades. Ese trabajo lo publicamos en los años 90 y tuvo mucha acogida en la comunidad científica”, recuerda con satisfacción.

La crisis ha dejado su lado bueno, según su parecer. La necesidad de disminuir el uso de agroquímicos, por costosos o inaccesibles, ha disminuido los índices de daños a la salud de los productores y de sus familias, y ha mermado el impacto negativo en el ambiente. “El venezolano estaba acostumbrado a atacar cualquier parásito con químicos y la gente se moría, los niños nacían con malformaciones.

Sigue usándose, pero no tanto, aunque con mayor riesgo porque lo que se consigue no tiene control alguno, nadie se ocupa de saber cómo trabajan con eso. En una oportunidad, en los Andes, vi a unos niños con manchas blancas en la piel, le pregunté a la maestra porqué tenían eso y me dijo que eran alérgicos al céleri que abrazaban durante la cosecha. La verdad es que el papá fumigaba y el químico les contaminó el cuerpo, no era por la planta la causante de la afección”, describe la profesora.

Sanabria y el profesor Dorian Rodríguez creen en la importancia de que la gente gane autonomía para resolver sus inquietudes, que no se guíen solamente por lo que les dicen los científicos. “Les decimos que sean ellos los investigadores, que monten su propio ensayo, si hay una planta con un olor fuerte, y si está sana en medio de otras a las que ha atacado la plaga, ésta es la que tienen que meterle el ojo, ponerla en remojo por unos días y probar ese extracto para controlar la plaga en sus cultivos”, asegura.

No todo está a su favor para el equipo de investigadores de la UCLA. Gran parte de las tierras del posgrado de Agronomía ha sido ocupada por la fuerza por extraños que queman los cultivos para levantar casas en los espacios donde se desarrollaba un trabajo desde hace años con palmeras, plantas ornamentales y las llamadas plumerias, algunas de las cuales se cambiaban por insumos para trabajar. Aun así, los docentes, estudiantes y personal de la Universidad insisten en mantener la siembra de orégano y otras plantas (unas 300) que han logrado sobrevivir al fuego. Sanabria ha visto llorar a profesores por el trabajo perdido después de un esfuerzo sostenido.

“Estoy en la UCLA porque creo que podemos superar lo que estamos viviendo. Hay que buscar, donde estén, los recursos para mantenernos, ahora que hay un empeño en acabar con los centros de investigación. El posgrado de Agronomía es como una isla en la Universidad y aspiramos a que esté abierto siempre. Queremos convencer a nuestras autoridades de que en las universidades es donde está la gente que puede ayudar a resolver los problemas del país. Yo me quedé sola en Venezuela, podría irme con mis tres hijos (Jesús Enrique, médico; Luis Guilermo, abogado y Andrea Patricia, contadora) que están en el extranjero, pero quiero seguir aquí, todavía soy útil”, afirma María Elena Sanabria.

MARÍA EUGENIA MARANTE GARRIDO*

¿PARA QUÉ SIRVE LA CIENCIA APLICADA?

Galileo Galilei, quien rescató la teoría del griego Arquímedes, se convirtió en el siglo XVII en el precursor de la “matematización” del mundo, una era de la ciencia que, con sus variantes epistemológicas, sigue en plena vigencia y convive con los enfoques disímiles de carácter idealista, su eterna contraparte en la filosofía de la ciencia. Lo que percibimos con nuestros sentidos, puede convertirse en números, en estadísticas, en fórmulas y permite a los practicantes de este tipo de ciencia hacer predicciones exitosas, valga decir, cuando la naturaleza es su objeto, pero no siempre congruentes con la teoría cuando de fenómenos sociales se trata. Ello no invalida a la ciencia de lo medible, sería mezquino desconocer su avance y aporte a la humanidad.

Los estudiosos de la filosofía del conocimiento suelen clasificar a las ciencias según su orientación, concepción de su objeto de estudio, teorías, y la manera de proceder para alcanzar sus metas. Hay un tipo de ciencia denominada formal, que no depende de los hechos, ni de las percepciones. Ciencias formales son la matemática y la lógica. Hay otra ciencia, fáctica, que requiere base empírica para comprobar o refutar hipótesis, hacer proyecciones, y se apoya en registros numéricos para contrastar la teoría con el mundo exterior del investigador, tal es el caso de la medicina, la biología, la física. Hay también una ciencia aplicada que tiene de las dos primeras, pero con un alto fundamento tecnológico y se orienta hacia la solución de problemas concretos de la sociedad. Ciencia aplicada es la ingeniería que construye represas, edificios, robots, también la medicina. La otra ciencia es la pura o básica, que no busca verificar hipótesis ni establecer resultados previsibles, aunque sí generar teorías para explicar o comprender la realidad circundante al sujeto; en este

* Profesora del Decanato de Ingeniería Civil.

grupo entran las ciencias sociales y las ciencias humanas o del espíritu.

La profesora María Eugenia Marante Garrido practica la ciencia aplicada. Esta heredera del pensamiento galileano contemporáneo, forma parte de un equipo de investigadores cuyo trabajo es de suma importancia para el país. Ella es la jefa del Laboratorio de Mecánica Estructural del Decanato de Ingeniería Civil de la UCLA, un espacio académico creado en 2003, pero que es la cristalización de un proyecto de más largo aliento impulsado por la profesora Liana Arrieta de Bustillos y otros docentes de la Universidad en los años 90. En él, se analizan modelos constructivos y la vulnerabilidad de piezas de infraestructura ante una alteración de las capas terrestres. Con la información generada en este Laboratorio (el más completo del país), se pueden prevenir las consecuencias de desastres naturales como los terremotos, descarrilamientos de trenes o deslizamientos de tierra. Cuando no se diseñan y construyen adecuadamente casas, edificios, aeropuertos, carreteras o lugares públicos, considerando las características y potenciales “comportamientos” de los materiales ante los movimientos del suelo, el riesgo de fatalidad es mayor que cuando se cumplen parámetros de calidad. En términos coloquiales, nuestras abuelas dirían que es mejor prevenir que lamentar.

¿Por qué es importante este Laboratorio? Porque permite, por la precisión de sus datos y su desarrollo tecnológico, abordar escenarios proyectivos en los que se simulan situaciones de lo que podría ocurrir en una estructura ante un movimiento telúrico o un deslizamiento, lo cual es una ventaja respecto de los estudios realizados una vez ocurridos los hechos naturales. Se combina en este centro de investigación la teoría, la experimentación y la digitalización del “comportamiento” de los materiales constructivos ante sismos de diversa intensidad. Con Funvisis, el Laboratorio realizó la micro zonificación sísmica de Barquisimeto y Cabudare, espacios vulnerables tanto por la llamada “Falla de Boconó” (Iribarren) como por la alta sedimentación del suelo (Palavecino).

Marante y el equipo (integrado originalmente por los investigadores Julio Flórez López (ULA), Sebastián Delgado (LUZ), Ricardo Picón (UCLA), Néstor Guerrero (UCLA), Ronald Ugel (UCLA) y Reyes Indira Herrera (UCLA)), han logrado con el desarrollo de esta tecnología generar la “Teoría del daño concentrado”, reconocida

internacionalmente por su aporte a la innovación en el campo de la ingeniería. De hecho, hasta hace una década, hubo un intercambio permanente de conocimientos entre los investigadores de la UCLA, la Universidad de Los Andes y la Escuela Normal Superior de Cachan de la Universidad Paris 6 para experimentar daños en edificaciones basados en la técnica de correlación de imágenes digitales.

El equipo del Laboratorio de Mecánica Estructural ha diseñado el “Portal de Pórticos”, el primer programa de software libre de Venezuela para evaluar los modelos constructivos ante los sismos. Con la información de las dimensiones de las columnas, vigas y tipos de materiales de una obra, se simulan terremotos para conocer hasta qué magnitud podrían resistir o colapsar las estructuras. Si en 1967, por ejemplo, hubiera existido este tipo de tecnología, podría haber sido menor la cantidad de víctimas fatales y daños materiales en los edificios de zonas como Los Palos Grandes de Caracas, cuando ocurrió el terremoto de aquel año.

La escuela Valentín Valiente de Cariaco, en el estado Sucre, construida con el modelo tipo cajetín, se vino al suelo durante el terremoto ocurrido en los años 90 del siglo pasado. Los científicos del Laboratorio fueron al lugar años después y verificaron su hipótesis de que el colapso se produjo en el primer piso de la edificación. Ese tipo de construcción no es apto para esa zona, por su vulnerabilidad sísmica.

Esto no quiere decir que todas las obras erigidas en el país sean un peligro para la sociedad. La profesora Marante explica que la construcción tradicional busca cumplir con los parámetros de las normas Covenin, pero, aun con sus bondades, esas pautas no son suficiente garantía de invulnerabilidad. Los científicos del Laboratorio han ido más allá porque simulan situaciones de presión (llamadas por ellos solicitaciones) a las estructuras en varias escalas. Para los estudiantes de pre y pos grado del Decanato, es un espacio ideal para verificar lo que aprenden en la teoría.

El Decanato de Ingeniería Civil aún tiene la fortaleza del Laboratorio; siguen trabajando en la formación de talento, pese a su matrícula mermada, con los programas de pre y pos grado, y los docentes investigadores ya han presentado a las autoridades de la UCLA un proyecto de doctorado en Ingeniería Civil. No obstante, la

sustentabilidad financiera del Laboratorio está amenazada; ya no hay recursos tipo Locti o PPI que llegaban del sector público para garantizar su funcionamiento. La crisis ha sacudido como un sismo al equipo del Laboratorio. Al frente de este espacio solo quedan tres de los científicos fundadores; varios de ellos y el personal de apoyo se han ido del país. El software de simulación desarrollado con especialistas de la ULA y que funcionaba en las instalaciones de Tecnoparque en Mérida, no cuenta con el mantenimiento en la web ni con los técnicos, porque ellos han buscado otras formas de ganarse la vida.

María Eugenia Marante no desmaya en su empeño por mantener en pie al Laboratorio de Mecánica Estructural. Su voz se quiebra al recordar las veces que habla con sus compañeros que se fueron a Chile, Colombia y Brasil, y que quisieran regresar a su país, pero con mejores condiciones para su desarrollo profesional y personal. Ella cree que será así. “Me encantaría rescatar a mi equipo de trabajo, permanecíamos aquí ocho horas diarias, hasta los sábados. Venían invitados de Francia, Italia, Brasil, Portugal, hacíamos intercambio de conocimientos; eso es desarrollo...Voy a jubilarme, pero quiero quedarme activa en el Laboratorio, tiene sentido seguir en la UCLA. Lo que más ansío es la reconstrucción de la universidad, quiero estar aquí cuando eso ocurra...No hay nada más esperanzador”.

MARÍA DALILA FORLANO RIERA*
UNA EXTRAÑA PASIÓN, LA PARASITOLOGÍA

María Dalila Forlano Riera no ha logrado reponerse del dolor de quince años de trabajo perdidos a consecuencia de la falta de nitrógeno para los filtros del laboratorio de parasitología del Decanato de Veterinaria de la UCLA. La Universidad dejó de recibir los recursos para reponer las bombonas y además, varios reactivos se perdieron en las neveras por causa del largo apagón eléctrico del mes de marzo de 2019. Los parásitos hemotrópicos congelados con los que ella y su equipo de estudiantes desarrollaban investigaciones sobre enfermedades zoonóticas -que es como se llaman a las que se transmiten de animales a humanos y viceversa-, murieron progresivamente en los filtros que dejaron de funcionar por la falta de este gas.

El Laboratorio de Diagnóstico de Enfermedades Parasitarias es uno de los pocos lugares del Decanato donde aún funciona el aire acondicionado, porque los ladrones que constantemente irrumpen en las instalaciones de la Universidad no han logrado treparse hasta el techo de este espacio para extraer el motor, como lo hicieron con el resto de aparatos de Veterinaria. Con el agua destilada que gotea del viejo equipo de aire acondicionado, ella y sus compañeros hacen las pruebas de coprología (heces) y serología en parasitología para detectar enfermedades. La entrevista con la jefa del laboratorio se interrumpe cada cierto tiempo mientras ella recoge el líquido en un tobo que almacena como un tesoro. Desde abril del año pasado no llega el agua por tuberías al Decanato de Veterinaria; los baños que usa la comunidad universitaria generan una sensación de soledad y abandono que contrasta con lo que se ve en las aulas y pasillos donde la mermada matrícula estudiantil y sus profesores luchan por mantener con vida a la Universidad.

* Profesora del Decanato de Veterinaria.

María Forlano, como se le conoce en el Decanato, es magister y doctora en Parasitología Veterinaria por la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro (UFRRJ), donde egresó en 2007. Allá dejó sus afectos, amigos y profesores que hace poco le enviaron un pasaje aéreo y le brindarán estadía para que se actualice en el conocimiento científico, para que practique extracción de ADN y haga pruebas PSR. Forlano, es especialista en enfermedades parasitarias y vectores hemotrópicos de rumiantes, equinos y animales domésticos. Su pasión por la investigación la ha mantenido durante 24 años en la UCLA, de donde no quiere irse sin dejar el laboratorio en las condiciones óptimas en las que lo recibió de sus maestros Hugo Leiva y Roy Meléndez.

Cuando era estudiante del cuarto semestre de Medicina Veterinaria en la UCLA, el doctor Hugo Leiva vio el talento y deseos de aprender de Forlano; por eso la integró a su equipo de investigación en fisiología en reproducción de cabras. Era el inicio de una carrera académica que tuvo un hito en 1994 cuando se graduó, para que al año siguiente ingresara como profesora contratada al Decanato donde se formó. Leiva fue discípulo del doctor Haity Moussatche, un destacado científico brasileño que en 1971 llegó a la UCLA para formar varias generaciones de investigadores en fisiología y fármaco dinámica durante más de una década. Moussatche, como muchos intelectuales de su época, fue obligado a salir de su país por la persecución de la dictadura militar. En Venezuela se aprovechó el talento de este maestro que obtuvo las más altas distinciones en el mundo de la ciencia, tanto en su natal Brasil como en Venezuela y Estados Unidos.

María Forlano pasó de la tutela de Leiva a la del profesor Roy Meléndez, con quien se encaminó por los senderos de la parasitología, asignatura de la que se prendó ella en el quinto semestre de la carrera. Meléndez la incorporó como auxiliar de investigación con el aval del Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico (CDCHT) de la UCLA. Con el de su maestro, el nombre de Forlano en su condición de co investigadora comienza a aparecer desde 1993 en revistas especializadas extranjeras. Su primer trabajo como equipo tuvo especial trascendencia: el descubrimiento de un parásito que se transmite de la madre al feto de vacunos, *tripanosoma vivax* que produce una infección perinatal, y fue publicado en el *Journal of parasitology* de la American Society of Parasitologists (ASP).

Forlano y Meléndez llevaron sus investigaciones a Georgetown, Brasil y a México, donde se valoró su aporte científico. Desde entonces no ha dejado de trabajar la profesora Forlano en la búsqueda de vectores protozoarios de enfermedades animales, humanas y zoonóticas para su diagnóstico, prevención y cura, así como la identificación y taxonomía de garrapatas. De su labor investigativa destaca la detección de chipos en la zona de Cubiro, algunos de los cuales dieron positivo en la prueba de mal de chagas o la presencia de parásitos en las orejas del ganado tipo Gyr que llegó de Brasil hace algunos años y que produce una otitis fuerte en estos animales, o la reaparición de un parásito que ataca a los pulmones de las reses y que ha sido detectado en ganado importado.

Desde niña, cuando observaba la relación del ser humano con la naturaleza en la zona rural de Capadare, en el estado Falcón, y luego como estudiante de la Escuela Granja Mayorica en San Felipe, ella supo que la ciencia veterinaria sería parte sustancial de su vida. Esa pasión está intacta en ella; por eso se mantiene en la UCLA. “No quiero irme, quiero ver renacer esto, la nevera llena, el nitrógeno con los parásitos... Más que la inseguridad y que no hay agua, eso pone cuesta arriba, pero seguimos aquí, trabajando. Tengo tres años sin carro, se dañó, me movilizo en cola, a pesar de todo eso. Si esto mejora quiero ayudar a levantar nuevamente mi decanato”.

MARITZA TORRES SAMUEL*

**LA UNIVERSIDAD SEGUIRÁ VIVA
CON EL CORAZÓN DE SU GENTE**

Un profesor orientador del liceo Ezequiel Bujanda de Barquisimeto, tuvo el tino de recomendarle a la joven Maritza Torres Samuel que una buena opción de estudios universitarios era la novedosa carrera de Ingeniería en Informática que ofrecía la UCLA. Se trataba de un verdadero desafío en los años 80, la especialidad del futuro que rompía los esquemas tradicionales de formación profesional. Maritza, como le decían sus preceptores del liceo, atendió el consejo de aquel maestro que con la intuición de un monje hablaba a cada estudiante acerca de cuál sería la mejor elección para la prosecución de su etapa formativa, según las aptitudes que él veía en cada quien.

Con el empeño en hacer las cosas bien hechas que desde niña le caracteriza, Maritza Torres Samuel tomó en serio su preparación profesional. En julio de 1981, se graduó de bachiller y en octubre de ese mismo año ya estaba inscrita en la UCLA. En 1987, culminó la carrera con el mejor índice académico de su promoción integrada por 32 ingenieros. Con el mismo entusiasmo, en 2005 se hizo magister en Ingeniería Industrial en la Universidad Experimental Politécnica Antonio José de Sucre, núcleo Barquisimeto, y en esta misma casa de estudios, en el año 2010, se graduó de doctora en Ciencias de la Ingeniería. Ella es una de las dos primeras mujeres en recibir el título de doctora en la Unexpo; la otra en hacerlo es Amelec Vilorio, su amiga.

Ser la mayor de seis hermanos, cuatro de ellos varones, hizo que el sentido de responsabilidad se le despertara tempranamente. Tuvo muñecas, sí, y también aprendió a jugar metras y conoció los secretos de elaborar cometas (papagayos, le llaman en Venezuela)

* Profesora del Decanato de Ciencia y Tecnología.

con la precisión de las medidas del papel y las veradas. En las tardes, sobre un árbol al que solía trepar, disfrutaba observar la naturaleza, el movimiento de las ramas por el viento, la simetría de una hoja, el vuelo de las aves, el ocaso del día, la llegada de la noche. Para todo buscaba una explicación, tarea que gentilmente su abuelo Simón respondía, si estaba a su alcance. Ese interés por el detalle, por la meticulosidad, por la precisión, fue forjando su espíritu de ciencia. “Pensaba mucho en ser profesora de matemática, por eso me sentí atraída por la carrera de Informática cuando la descubrí”, confiesa Maritza Torres Samuel, profesora de la UCLA desde 1990.

Su carrera docente en el nivel de pregrado ha estado repartida en los programas de Ingeniería en Informática y Análisis de Sistemas del Decanato de Ciencias y Tecnología. Ha sido además profesora en los programas de especialización y maestría de la UCLA en su mismo Decanato y del doctorado en Ciencias de la Ingeniería de la Unexpo.

En 2014, la profesora Torres Samuel asume la coordinación de la Comisión de Directores de Revistas Científicas de la UCLA, y desde 2012 es la directora de *Publicaciones en Ciencias y Tecnología*, adscrita al Decanato en el que presta servicios. Gracias a su tesón y al apoyo de un grupo de editoras y del personal técnico, las revistas científicas de la UCLA han migrado al sistema Open Journal System, lo que pone a esta casa de estudios la par de la mayoría de las universidades del mundo en esta plataforma tecnológica. Esta labor ha permitido la indexación internacional de varias revistas de la UCLA y una mejor visibilidad de la producción intelectual de investigadores internos y externos.

Torres Samuel es miembro del Programa de Estímulo a la Investigación (antes PPI) desde 2008 y dentro de la UCLA ha sido reconocida en el programa Conaba (2000) en el nivel III como profesora meritatoria. Desde 2011, se mantiene en el nivel II del Premio de Estímulo a la Investigación Lisandro Alvarado (Peila). De igual manera, ha sido distinguida con la Orden Lisandro Alvarado en su segunda y primera clase (2006 y 2011) por su desempeño docente e investigativo y su compromiso con la institución.

En revistas científicas especializadas internacionales y nacionales, la profesora Torres Samuel ha publicado 17 artículos realizados en coautoría con su equipo de investigación desde el año 2007. Ha sido ponente en 29 jornadas científicas realizadas en Venezuela, Panamá

y Colombia. De igual manera, ha sido conferencista en la Universidad Autónoma de México, para tratar el tema de la efectividad y la eficiencia en la oferta de la información, y en la Universidad de Los Andes, Venezuela, en donde disertó acerca de la experiencia de la Comisión de Editores de la UCLA.

Como muchas madres venezolanas, Maritza Torres Samuel sufre en carne propia el drama de la diáspora venezolana. Sus dos hijos, Laura Andreina y Francisco José viven en Chile. La voz se quiebra y el corazón se encoje cada vez que la memoria asoma sus nombres. La esperanza del reencuentro familiar mantiene vivas sus ganas de seguir luchando por su país. Ella, como muchos, cree que en la UCLA es donde se debe estar para hacer esta tarea.

Esta mujer no tiene planes de dejar la universidad. “Quiero contribuir activamente, sobre todo transmitiendo mi experiencia a quienes empiezan; apoyando, moviendo el mundo desde mi espacio. Creo en la academia, creo en la investigación, creo en el trabajo que se hace en la UCLA”.

MILVA JANET JAVITT GIMÉNEZ*
PRIMERO LOS ESTUDIANTES

Milva Janet Javitt Jiménez asume como un mandato moral el de permanecer en la Universidad mientras haya estudiantes. A su entender, esta es la razón de ser de una institución como la UCLA, con la que está muy agradecida porque le ha brindado su formación en pregrado como médico veterinario y en posgrado, en los niveles de maestría y doctorado en Salud Pública (es la primera mujer egresada de este programa de doctorado). La experiencia con los futuros profesionales son para ella la principal retribución en estos tiempos de salarios menguados de los profesores universitarios.

Cada joven que acude a ella en busca del consejo oportuno o para confesar sus preocupaciones cotidianas, le ratifican ese compromiso. Desde su ingreso al programa de Enfermería del Decanato de Ciencias de la Salud en el área de parasitología en el año 2000, la profesora Javitt ha puesto su empeño en fortalecer el conocimiento entre sus estudiantes y llevar lo aprendido a la comunidad. Por ello, en la cátedra libre Eco Salud que coordina, se han abierto dos frentes de trabajo: uno de carácter formativo para la prevención de enfermedades y orientaciones para el mejoramiento de la calidad de vida en las comunidades a través del programa radial “Una sola salud”, transmitido semanalmente en una emisora comercial; y otro, con el plan de semillero de investigadores, en el que ha integrado a 21 estudiantes de su Decanato, pero también de otros programas de la UCLA e incluso de otras universidades. La intención del semillero es brindar herramientas a los futuros profesionales acerca del transitar investigativo, las maneras de sistematizar lo alcanzado y difundir el conocimiento en los medios especializados.

* Profesora del Decanato de Ciencias de la Salud.

La profesora Javitt es la responsable del programa inter institucional de la UCLA y la Fundación Cáritas, organización que con su Proyecto Samán trabaja en el diagnóstico nutricional y prevención de enfermedades en niños menores de cinco años de varias comunidades vulnerables de Barquisimeto. El apoyo de la UCLA y el departamento de Medicina Preventiva en este sentido, ha sido el de hacer los diagnósticos copro parasitológicos de los pequeños, brindar asistencia médica a humanos y animales, y ofrecer servicios de enfermería y nutrición.

Javitt Jiménez ha sido nombrada recientemente directora de Cátedras Libres de la UCLA y se ha propuesto mantener activas a diez de ellas e impulsar a las otras 13 que están registradas, a fin de fortalecer tan importante bastión que históricamente ha ganado el reconocimiento de la Universidad en la sociedad. Su trabajo como voluntaria en el Rotary Internacional y la Sociedad Venezolana de la Cruz Roja le ha permitido trazar planes de acción para fortalecer a esta Dirección.

La profesora Javitt Giménez, quien ha sido directiva de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (Asovac) capitulo Lara y es la directora de la Revista del Colegio de Médicos Veterinarios del Estado Lara, ha sido reconocida como *Innovative Educator Expert* por la empresa *Microsoft* entre los años 2016 y 2019. La Federación de Colegio de Médicos Veterinarios de Venezuela, de la que es miembro, le honró en el año 2011 con la Orden “Dra. María Lourdes Salom” en reconocimiento a su trayectoria profesional. También forma parte de la Red de Helmintología de la FAO y de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina Veterinaria.

Junto con el profesor Luis Traviezo desarrolla en su Decanato investigaciones de corte cuantitativo y cualitativo en la línea de enfermedades zoonóticas y salud pública. Para Javitt, desde el enfoque cualitativo se comprende la sensibilidad de la gente ante los problemas que le afectan. Ella es una entusiasta seguidora de lo que denomina el paradigma *One Heald*, propuesto por la Organización Internacional de Salud Animal (OIE) con la intención de crear equipos multidisciplinarios para atender de manera integral el sensible tema de la salud humana y animal.

NAUDY TRUJILLO MASCIA*
UN ESPÍRITU DE SUPERACIÓN
MOLDEADO EN VARIAS CRISIS

Naudy Trujillo Mascia reparte sus inquietudes intelectuales entre la medicina veterinaria, la historia y la ética. Ese trío de ciencias, que él ha ido aprendiendo a ver como un todo integral, ha marcado la hoja de ruta de cada una de las actividades que ha desarrollado dentro y fuera de la UCLA desde hace casi dos décadas como docente investigador. De las tres disciplinas, la que le atrapó tempranamente fue la veterinaria, a su entender, porque nació y creció en una hacienda ganadera. Cuando era niño, sus primeras “bicicletas” fueron un gran danés y un viejo potro en cuyos lomos se montaba para recorrer los jardines de la casona de la familia Mascia en Sarare, la puerta del llano venezolano.

Su ascendente italiano más cercano por vía materna es Severino Mascia, un agrotécnico e instructor de tractores napolitano que llegó a tierras sarareñas en 1938 y que casó con una italo- vasca cuya familia había llegado en el siglo XIX al lugar. En la hacienda Palmira, propiedad del nono Mascia y su esposa, nació María Belén, la madre de Naudy Trujillo y allí también nació él. El apellido Mascia está muy arraigado en el gentilicio de Sarare, la imagen del Nazareno de la parroquia San Nicolás de Bari, lleva una peluca confeccionada con los cabellos de los niños de la familia.

Cuando llegó la hora de decidir el futuro profesional del bachiller Naudy, se presentaron dos opciones, considerando las circunstancias familiares: la medicina veterinaria, dada la presencia de los animales en la cotidianidad de los Mascia o el bioanálisis, para seguir los pasos del tío abuelo italiano Pascual Vicente Mascia, quien hace 80 años fundó en Barquisimeto un laboratorio que aún sigue en pie.

* Profesor del Decanato de Veterinaria.

Los embates de la historia, que a nadie dejan por fuera, los sintió en carne propia el joven Trujillo Mascia cuando le fue anulada la beca del programa Gran Mariscal de Ayacucho que había ganado en los días previos al “viernes negro” de febrero de 1983, cuando el gobierno de Luis Herrera Campins se vio obligado a implementar la política de control de cambio. La Venezuela petrolera mostraba los primeros síntomas de la enfermedad del rentismo de la que aún no se recupera. Con la pérdida de la beca se esfumó la posibilidad de estudiar análisis clínico en los Estados Unidos, de manera que tocó echar mano de la otra opción: la veterinaria, y el mejor lugar era la UCLA, donde ingresó el muchacho en 1985 en medio de una crisis que no sería corta.

Su formación profesional implicó un largo periplo de más de una década. Lo conflictos sociales agitaban a la Universidad y el asesinato de un estudiante a manos de agentes de la DISIP a principios de los 90 avivó las protestas juveniles. A ello se suma la tragedia de la repentina muerte de un hermano que obligó al joven Naudy a trabajar para ayudar al sustento familiar, por lo que tuvo que suspender sus estudios por un tiempo. Se graduó finalmente en 1998, con muchas satisfacciones tanto por el logro académico como por ser testigo del traslado del Decanato de la zona del Obelisco de Barquisimeto a Tarabana, donde vivió la experiencia de aprender en el nuevo hospital médico veterinario.

Le fascinaba recorrer los espacios de ese hospital. Con su colega Maryory Contreras lograron hacer una pasantía que daría pie al inicio de una especialización en medicina y cirugía de pequeño animales. Fue su primer vínculo con el mundo profesional y aunque probó suerte con el ejercicio privado, las circunstancias lo llevaron nuevamente a la Universidad, esta vez como profesor contratado para administrar la cátedra Historia y Deontología de la Medicina Veterinaria. El doctor José Hernández Romero, su titular durante más de 30 años, sufrió un accidente que lo inhabilitó para seguir en el cargo y no había preparado a alguien que lo supliera. Naudy Trujillo asumió el reto tras el llamado que le hiciera el decano Luis Murrieta para atender a los estudiantes del profesor Romero. Y se quedó en la UCLA desde el año 2000.

Esa responsabilidad coincidió con la reforma curricular de la asignatura y la creación de otra llamada desarrollo sociopersonal, vinculada con la responsabilidad social del médico veterinario, la ética

de la profesión. Su nuevo rol implicaba continuar estudiando, por eso hizo la Maestría en Historia del programa UCLA UPEL. Allí aprendió a ver la historia como ciencia y desde entonces, la asumió como pasión, tanto, que le estimuló a seguir los derroteros de la investigación y a matricularse en el Doctorado en Historia de la Universidad Central de Venezuela, donde egresó en 2013 bajo la tutela del maestro Reinaldo Rojas.

Trujillo ha hurgado en los documentos coloniales para reconstruir la historia de la ganadería en Venezuela y los antecedentes más remotos de la medicina veterinaria. De eso tiene obra escrita en libros y revistas científicas. Además, ha incorporado en sus investigaciones la filosofía de la profesión, en su dimensión epistemológica, ontológica y ética. A eso llegó, luego del hallazgo de un esfuerzo inicial del doctor Alfonso Maldonado, primer Secretario del Centro Experimental de Estudios Superiores (CEDES), que antecedió a la UCLA y encargado del proyecto de creación de la Escuela de Veterinaria en los años 60 del siglo pasado. Maldonado había escrito algunos artículos al respecto que no tuvieron eco en la Universidad.

Naudy Trujillo es miembro de la World Association for the History of Veterinary Medicine, socio de honor de la Asociación Española de Historia Veterinaria y miembro de la Asociación Argentina de Historia de la Veterinaria. En la UCLA, fue director del programa de Cátedras Libres y es desde 2007 miembro de la Fundación Buría de Barquisimeto. Coordina la Cátedra Libre Lisandro Alvarado.

Trujillo sigue en la UCLA porque está convencido de que la salida de la crisis venezolana está en las universidades. “No hay posibilidad de que este país siga adelante sino se alimenta bien. No hay desarrollo posible sin alimentación, no hay alimentación completa sin proteína animal, no hay proteína animal sin medicina veterinaria. Quiero hacer lo que me toca mientras tenga fuerzas”.

NELSON FRÉITEZ AMARO*

UNA VOZ FUERTE CONTRA LA INFAMIA

¿Será verdad que, como dice Carlos Marx, la violencia es la partera de la historia? ¿Por qué no decir que la violencia es también partera de la violencia? ¿No es una contradicción en sí misma la palabra “ajusticiamiento”? ¿cómo puede ser cosa de justicia la muerte de un ser humano a manos de otro por una vendetta o como método de profilaxis social? Cuando se sale de control, la violencia arrastra consigo a la vida, minimiza la dignidad. Sino se le detiene a tiempo, el dolor se adueña del alma, la impunidad se naturaliza y la venganza se impone como lógica de resarcimiento. Para el sociólogo Nelson Fréitez Amaro estos temas deben ser parte de la agenda universitaria y por eso, desde 2009 –cuando comenzó la serie de “ajusticiamientos” en el estado Lara perpetrados por funcionarios policiales–, él impulsa la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la UCLA.

La realidad del país ha redimensionado la lucha por la defensa de los derechos humanos en los últimos años. La precariedad de los servicios públicos, la muerte (que puede evitarse) de miles de pacientes crónicos, la desnutrición, las enfermedades endémicas, la prisión de personas por razones políticas o por exigir condiciones de vida dignas, los niños que fallecen en los hospitales esperando un trasplante de médula o contaminados por bacterias, los ajusticiamientos policiales, las migraciones forzadas, activan la solidaridad como mecanismo para enfrentar el miedo. En 2017, fueron asesinadas decenas de personas por funcionarios policiales, militares y grupos paramilitares durante las protestas contra el Gobierno. Estas razones llevaron al profesor Fréitez y a otros activistas a crear la Red de Derechos Humanos del Estado Lara (Redhlara), que agrupa a 17 organizaciones.

* Profesor del Decanato de Ciencias Económicas y Empresariales.

Las psicólogas de Redhlara dicen que en Venezuela hay una tortura psicológica masiva por privación crónica de los servicios públicos. Hay miedo, y mucho, pero hay que hacerle frente y es mejor ir acompañado. Así lo han entendido los pacientes renales, de VIH, Parkinson y cáncer, que se han organizado e integran la Red, en la que también están la Vicaría de Derechos Humanos de la Arquidiócesis de Barquisimeto, la Fraternidad Dominicana, los capítulos en Lara de Transparencia Venezuela, el Observatorio Venezolano de la Violencia, el Observatorio de Prisiones, Funpaz y el Movimiento Vinotinto, entre otras.

La sensibilidad por estos asuntos es de larga data en el sociólogo Nelson Fréitez, quien se hizo docente ordinario de la UCLA en 1990, como responsable de la cátedra de Sociología del Trabajo en el antiguo Decanato de Administración y Contaduría. Su formación en la Universidad Central de Venezuela tutelada por destacados profesores como Evangelina García Prince, Rigoberto Lanz, Roberto Briceño León y Efraín Hurtado, más sus inquietudes tempranas por la literatura (*El Túnel* de Sábato le despertó el interés por nuevas formas de imaginación) y el conocimiento de los fenómenos sociales, forjaron su espíritu de compromiso con los más vulnerables.

En la UCV, la influencia de la izquierda marcó a varias generaciones de estudiantes, Fréitez no fue la excepción. El Mayo Francés, el movimiento hippie en contra de la guerra de Vietnam, la masacre de Tlatelolco (México), la invasión de la URSS a Checoslovaquia, la revolución cubana, el fracaso de la lucha armada en Venezuela, la teología de la liberación, eran temas de debate en la comunidad universitaria. Así se maceró el sentido crítico de aquel espigado barquisimetano de voz gruesa que asombraba a sus profesores y condiscípulos con sus historias de la zona de El Manteco, donde creció y se hizo hombre. A los universitarios les llamaba la atención la vida de ese joven formado en un liceo católico que les describía detalladamente cómo curarse de los males del alma y el cuerpo con yerbas, la cotidianidad de los lupanares, las peleas callejeras de los caleteros o las relaciones comerciales de los mayoristas que distribuían alimentos para el centro y oriente de Venezuela.

En 1980, regresa como sociólogo Nelson Fréitez a Barquisimeto y se vincula a movimientos sociales de izquierda, a los grupos cristianos de base, a la Unión Cultural de los Barrios y a las comunidades que

buscaban solución a los problemas que no atendía el Estado, como el del hundimiento de viviendas en La Ruezga. Participa con Juan Arcadio Rodríguez en los foros organizados en el Cine Club Amábilis Cordero. Vive la experiencia del encuentro de creadores culturales Aquiles Nazoa y los foros en defensa de la ciudad que le permiten codearse *in situ* con formas de participación ciudadana. Trabaja como profesor en el antiguo Ciclo Básico Superior y en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. En 1983, ingresa a la Fundación para el Desarrollo de Centroccidente (Fudeco), donde desarrolla una extensa labor en el asesoramiento a organizaciones populares, la planificación y la investigación del desarrollo social de la región.

Nelson Fréitez es magister en Ciencia Política (USB), doctor en Estudios del Desarrollo (Cendes UCV) y es autor de libros y artículos publicados en revistas especializadas sobre el desarrollo social y las economías alternativas. Es miembro del Centro Gumilla y entre sus experiencias en la Universidad, destaca la consolidación del vínculo entre la UCLA y Cecocesola, la más grande red de cooperativas del país que tiene su centro de operaciones en Barquisimeto. Esta organización creó su propia cátedra libre en la UCLA. En los espacios de Cecosesola, profesores y estudiantes han llevado a cabo investigaciones y trabajos de extensión. “Empezamos con una consulta para ver en qué podíamos serles útiles, ese estilo facilitó el diálogo. De allí salieron trabajos de grado, estudiantes motivados, eso oxigenó a la Universidad, no se trataba de cualquier institución. A Barquisimeto vino el filósofo Humberto Maturana a ver cómo funcionaba el cooperativismo venezolano, también estuvo Luis Razeto, teórico de la economía solidaria y la gente de los Sin Tierra de Brasil. Un muchacho de El Trompillo viajó a Egipto como asesor de las autoridades de aquel país para instalar una feria de consumo de alimentos en El Cairo”, dice orgulloso el profesor Fréitez, artífice de ese proceso interinstitucional UCLA-Cecosesola.

La Cátedra Libre de Derechos Humanos de la UCLA y Redhlara han tenido un papel preponderante en la lucha contra la impunidad en el estado Lara. Las cadenas humanas alrededor del Edificio Nacional (sede del Poder Judicial), el teatro de calle, los viacrucis en Semana Santa y el levantamiento de informes sobre la emergencia humanitaria compleja y la violación de Derechos Humanos, han tenido eco en los organismos multilaterales. Su trabajo es reconocido por la Oficina de la

Alta Comisionada de las Naciones Unidas por los Derechos Humanos. Han logrado un acuerdo con el Colegio de Abogados para crear una clínica jurídica que permita emprender acciones judiciales colectivas, de manera gratuita, para las víctimas de la violencia y las injusticias del sistema judicial.

Esta tarea conlleva riesgos. Fréitez y su esposa, Yonaide Sánchez, representante de Transparencia Venezuela, han sido objeto de amenazas e incursión a su vivienda de donde unos extraños sustrajeron solo las computadoras de trabajo. La información estaba respaldada, pero a su casa han entrado en dos oportunidades más. La advertencia de que desistan de su tarea de denunciantes persiste a través de llamadas telefónicas; ambos siguen en pie de lucha.

Como muchos, Fréitez pone su empeño por mantener viva a la Universidad. Por eso, espera que la comunidad de la UCLA se active en la defensa de esta casa de estudios con la denuncia oportuna y la integración con otras organizaciones de la sociedad civil que luchan por mantener la institucionalidad aun con las precariedades que le afectan.

RAFAEL ARMANDO BONFANTE CABARCAS*

**¿CÓMO NO AGRADECER A QUIEN TANTO HACE
POR CURAR GENTE EN ESTE PAÍS?**

La ciencia es tarea infinita; cuando se logran metas, surgen nuevas interrogantes que reclaman más respuestas de los practicantes del saber. En ese ir y venir se les va la vida a los hombres y mujeres que hurgan en lo desconocido. Así lo aprendió de muy joven Rafael Bonfante Cabarcas, viendo trabajar a su padre, Rafael Bonfante Garrido, descubridor de la *Leishmania venezuelensis*, una variación de leishmaniasis presente en la región centroccidental de Venezuela. Bonfante, padre, aun con 87 años a cuestas, no cesa en su empeño de sondear los enigmas de la ciencia. Bonfante, hijo, sigue los pasos del padre; mismo nombre, mismo apellido, misma pasión, misma constancia.

Bonfante Cabarcas está convencido de que la investigación científica es un medio eficaz para mantener el espíritu de un joven. Desde hace más de tres décadas, trabaja en los laboratorios de la UCLA con el mismo fervor de cuando era asistente de su padre en parasitología, para hallar nuevas maneras de combatir enfermedades a través de la biofarmacia y la farmacología molecular, tarea en la que se ha destacado junto con otros científicos venezolanos. Prueba de ello, es el levantamiento de un mapa epidemiológico de la enfermedad de Chagas que él, su esposa y un grupo de profesores de la UCLA y de la Universidad de Los Andes hicieron en la década pasada en cinco estados del país y dos populosas parroquias de Caracas, Antímano y Petare, con la respectiva advertencia a las autoridades de que los brotes de este mal son repetitivos, tal como ocurre actualmente.

El doctor Bonfante Cabarcas, su esposa Claudina Rodríguez, tropicalista, y los otros colegas de la UCLA y la ULA, abordaron desde

* Profesor del Decanato de Ciencias de la Salud.

sus especialidades la enfermedad de Chagas de una manera integral. La investigación se llevó a cabo en Lara, Portuguesa, Barinas, Guárico, Sucre y Caracas, y sus resultados han sido publicados en una treintena de revistas científicas internacionales y nacionales dedicadas a la clinicología, farmacología molecular, tratamiento y vectores. A la par del diagnóstico, hicieron unas pruebas que permitieron detener el crecimiento del corazón de algunos pacientes chagásicos (tesis de la cardiólogo Marta Silva) y la cura de la enfermedad en ratones, (tesis de la veterinaria Sonia Santeliz). Ese equipo interinstitucional se mantuvo hasta que arreció la crisis en Venezuela. La posibilidad de trasladarse a Mérida se hizo cada vez más remota y los laboratorios de La Hechicera, otrora apacible zona de esta ciudad andina, dejaron de ser lo que fueron. Lo que sí queda en pie es una sólida amistad y el mutuo reconocimiento de estos profesionales.

Bonfante Cabarcas es doctor en farmacología molecular por la Universidad Federal de Río de Janeiro en un programa conjunto con la Universidad de Maryland. En Brasil, siguió con la neurociencia, profundizando en el estudio del receptor colinérgico nicotínico, bajo la tutela del doctor Edson Xavier Alburquerque, uno de los más destacados farmacólogos del mundo. La tesis de Bonfante sobre el colinérgico nicotínico y su regulación con calcio y magnesio, ha sido citada más de 800 veces.

Rafael Bonfante Cabarcas se inició como ayudante de su padre a los 17 años de edad; es el primer estudiante de Medicina en hacerse asistente de investigación del Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico de la UCLA, cargo que ocupó mientras estuvo bajo la tutela del doctor José Antonio Moreno Yáñez. Emocionado, recuerda la publicación en la *Revista Panamericana de la Salud* de su primer artículo en el que aparecen los nombres de los Bonfante como co investigadores en el diagnóstico de toxoplasmosis.

Con Moreno Yáñez descubrió otro mundo, el de las neurociencias, área poco conocida en el país y que implicó para preceptor y alumno un enorme reto para que se implementara en la Universidad. Moreno hizo en el extranjero un Phd en bioquímica del sistema nervioso central y trabajaba con una proteína llamada receptor colinérgico muscarínico. Estaba empezando a conocerse en Venezuela la neurotransmisión, pero cuando Moreno llegó a la UCLA no había un labo-

ratorio adecuado. Moreno y Bonfante, fueron instalándolo en la medida de sus posibilidades, sólo que con una tecnología y condiciones de infraestructura desfavorables: el agua de mala calidad y un viejo contador de radioactividad que frecuentemente se dañaba, limitaban el trabajo. Aun así, no se rindieron y lograron consolidar su línea de investigación.

De estudiante de Medicina, Bonfante formó parte del grupo Operón, inspirado en el nombre de una unidad genética del ADN. Desde su regreso de Brasil, Bonfante se propuso reactivar a Operón como un semillero de científicos. Desde entonces, ha reclutado a varios estudiantes de Medicina. En uno de sus frentes de batalla, trabaja con muchachos de los últimos años de bachillerato, pero como son muy jóvenes tuvo miedo de que se contaminaran con las bacterias de Chagas, por lo que decidió investigar el tratamiento de cáncer con el modelo del melanoma PL 6, que no afecta a humanos.

El doctor Bonfante Cabarcas tiene un reto ambicioso: hallar un tratamiento para combatir al cáncer. “Empecé a trabajar con una hipótesis muy vieja para la cura biológica de enfermedades con la inoculación de bacterias. Ese método lo aplicaron los rusos que inyectaban tripanosomas a ratones y los curaban, pero Stalin persiguió a muchos científicos entre los que se encontraban aquellos pioneros y además, ante la expansión de los antibióticos y quimioterapéuticos del lado occidental, esos procedimientos se olvidaron. Retomé eso, tuve acceso a una cepa de cáncer e hice unas pruebas con el tripanosoma. Conseguimos que disminuyera el crecimiento tumoral, pero de momento tiene poca aplicabilidad en humanos, al menos en nuestro país, porque no se trata de quitar una enfermedad para provocar otra y menos sin las condiciones tecnológicas necesarias”, asegura.

Este científico está probando con plantas medicinales para combatir el cáncer y ha logrado algunos avances en el laboratorio usando cúrcuma, pimienta, romero, llantén y ajo chino. “La crisis arreció, tengo poca tecnología, mi país se está quedando sin recursos y sin gente. Estoy tratando de hallar cosas para el tratamiento del cáncer, algunas vacunas. Trabajo con este grupo de talento científico, para mí, el proyecto más importante en este momento, con esos muchachos como co investigadores. La pimienta me dio resultados muy buenos y con ajo chino in vitro logramos aniquilar las células, ahora hay que probarlo

en vivo con humanos, pero estamos limitados con la logística. Tengo que estar mucho más seguro y convencer a algún colega oncólogo que me acompañe en esta empresa”.

Para el doctor Bonfante, la UCLA debería estar en mejores condiciones materiales que las actuales, por lo que propone el aprovechamiento de las reservas intelectuales e institucionales para fijar una ruta autónoma que permita afrontar la crisis. “Soy médico, acá hay un laboratorio de bioquímica y soy investigador, eso puede aprovecharse. No es difícil autogestionarnos, necesitamos generar nuestros recursos; si hay crisis de salud, acondicionemos unos consultorios y hagamos medicina para el público a precios razonables. Acá se pueden hacer exámenes de laboratorio y aplicar tratamientos”, afirma.

¿Por qué sigue en la UCLA? “Mi vocación es muy fuerte, acá soy feliz. La medicina clínica es la misma todos los días, el pediatra ve las mismas gripes, el internista la misma tos; la investigación no es así. En cada momento uno piensa en un camino nuevo, me siento como un joven todos los días, el cerebro se mantiene alegre. No me veo en esta crisis metido en casa pensando en la miseria del salario que gana un profesor universitario, o que no puedo comprar nada”.

RAFAEL JAVIER RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ*
MARCAR GOLES A FAVOR DE UN CLIMA SANO

La vertiginosidad de los cambios en el orden cultural, político, económico y ambiental, lleva al trote a las mentes más esclarecidas que buscan respuestas acerca de qué nos está pasando y hacia dónde vamos. Esta mudanza histórica trae consigo acuerdos multilaterales para mitigar los efectos negativos de esos cambios en los ecosistemas y en la gente más vulnerable; protestas de defensores de derechos humanos y de la naturaleza; debates científicos e ideológicos acerca del progreso material y tecnológico; análisis variopintos sobre la acción humana en la medio ambiente; reafirmación de las certezas apocalípticas anunciantes del fin del mundo; en suma, un prisma de aprehensiones sobre lo que vivimos y sobre lo que se nos avecina. Todo luce trastocado y en medio del caos, hay quienes vislumbran escenarios desoladores para los tiempos venideros, y, de otro lado, hay quienes –como el científico español recientemente fallecido Eduardo Punset–, afirman fervorosamente que el futuro será mejor. Valga una digresión para citar unas líneas de este catalán, para reflexionar sobre nuestras realidad cercana: “No estamos atravesando –al contrario de lo que se nos ha repetido sin cesar– una crisis planetaria, sino una crisis de países específicos que cometieron errores notables como vivir durante años por encima de sus posibilidades”. (*Viaje el optimismo*, 2011: 16)

Rafael Javier Rodríguez Rodríguez, profesor desde el año 2000 del Decanato de Agronomía y experto en el cambio climático, está en el bando de Punset; cree en la capacidad de resiliencia de las personas para afrontar sus problemas sin hipotecar su futuro, lo que él llama el “ingenio humano”, que evitará el involuntario suicidio colectivo anunciado en los malos augurios. El profesor Rodríguez, integrante de

* Profesor del Decanato de Agronomía.

la Comisión de Agricultura de la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat de Venezuela y alumno del alemán Antonio Goldbrunner –pionero de la meteorología en Venezuela–, ha dedicado buena parte de su vida al estudio de la climatología y fue uno de los primeros en explicar en el estado Lara qué es el fenómeno de El Niño y cómo afecta nuestra cotidianidad.

La dimensión ambiental es, ¿a qué dudarlo?, la más importante de todas las mencionadas al inicio. Sin aire, sin agua, es decir, sin vida, no hay cabida para disquisiciones políticas, culturales o económicas. Hasta hace tres décadas, solo unos pocos se preocupaban por lo que estaba ocurriendo en el medio ambiente y sus resultados para la humanidad. Desde los círculos científicos se advertía al mundo sobre las causas y consecuencias de las alteraciones climatológicas, la desertificación progresiva, las inundaciones, o la contaminación del agua y el aire; para entonces, problemas con poco eco en la sociedad.

En los años 70 del siglo pasado, los integrantes del Club de Roma incluyeron en su agenda de discusión la necesidad de poner límites al crecimiento económico; el tema despertó el interés en otros espacios del poder mundial. Hemos avanzado en el conocimiento, aunque eso no significa un salto cualitativo a favor de la toma de conciencia de un esfuerzo compartido para contrarrestar las causas de las alteraciones climatológicas. Todavía se confunde calentamiento global con cambio climático; el primero, relacionado con la emisión de gases del efecto invernadero en la atmósfera es causa del segundo. Hay programas educativos sobre estos asuntos que están dando sus frutos, pero aún queda mucho camino por andar. Rodríguez está en ese transitar desde hace años, y lo ha hecho en la universidad, en los liceos, en las comunidades de productores, con grupos vecinales y en los medios de comunicación como en la televisión, a través de su programa *Visión Global* en Latina TV.

Desde muy joven, Rafael Javier Rodríguez se siente atraído por los enigmas de la naturaleza. Tanto, que tras la adolescencia se vio obligado decidir entre el fútbol profesional y la ciencia como opción de vida (fue delantero del equipo de primera división Unión Española de Lara y medallista en la especialidad de 1.500 y 3.000 metros planos en atletismo). El muchacho que creció pateando balones en las canchas del Colegio Javier y de la comunidad de El Obelisco de Barquisimeto,

considerado por sus entrenadores una de las “promesas” del balompié rentado venezolano, escogió la alternativa universitaria y dejó el deporte como actividad de esparcimiento. A fin de cuentas, podía distribuir su tiempo entre ambas pasiones.

Su ingreso a la escuela de Agronomía UCLA por mérito deportivo no significó la primacía del ejercicio físico sobre su formación académica: fue –a la par de brillante puntero del equipo de fútbol universitario–, un aventajado estudiante que despertó el interés de los profesores Jorge López y Reinaldo Pire, quienes vieron en el joven su potencial para la investigación. Pire, con una larga trayectoria académica reconocida dentro y fuera del país, incorporó a Rodríguez al equipo de un proyecto de medición de alta precisión de evapotranspiración en cultivos a través de unos aparatos llamados lisímetros. Inductivismo en la práctica: durante varios años, el futuro ingeniero agrónomo debió subir a la estación climatológica de la Universidad ubicada en Tarabana, a recoger la data diaria del agua evaporada.

El carácter de su abuela Dolores –una productora caprina de la zona de Guaití, en Rio Tocuyo–, y la manera en que ella se ganaba la vida en las duras condiciones del semiárido larense, marcaron en el joven Rodríguez la manera de ver la naturaleza, contrastando lo observado en el campo con lo aprendido en la Universidad. Todo es observar, comparar, hacer de científico para desentrañar los enigmas de lo que percibió en el semiárido cuando era niño. La climatología y la hidrología trocarán en un lenguaje técnico lo que doña Dolores decía en palabras sencillas. Donde la abuela veía un “nortecito”, (una lluvia ligera), Rafael verá “situaciones nórdicas, relictos fríos provenientes del Norte”. Donde la abuela Dolores veía la flor “Clavel de muerto” como un recurso para que las yemas de los huevos de gallina tuvieran un color anaranjado, Rafael verá “bloques nutricionales extraídos de un taquete contentivo de terpenos, carvona y linalol para alimentar aves confinadas”. Donde la abuela veía agua que no puede beberse de la zona de Pozo Salado, Rafael verá “un confinamiento de líquido con PH alcalino”.

En 2001, gracias a la intermediación del profesor de la Universidad de Los Andes, Rigoberto Andressen, Rodríguez fue becado por la Universidad de Panamá y la Oficina Nacional Oceánica y Atmosférica de los Estados Unidos (la NAOO, aunque menos conocido,

un organismo tan importante como la NASA), para hacer un curso de posgrado sobre “Aspectos Esenciales de Meteorología Tropical”. Como parte del proceso formativo, aprender haciendo ciencia aplicada, Rodríguez y sus compañeros levantaron un mapa aerológico de todo Panamá; esto es, una medición simultánea de la velocidad del viento desde diversos puntos del país, tomando en cuenta la temperatura, la presión y la humedad; todo ello para calcular la cantidad de lluvias que podía caer en la cuenca del río Chagres que alimenta los lagos Gatún y Madden en los cuatro años siguientes. Esa data era necesaria para saber cuánto podía subir el nivel del agua del Canal, tránsito del flujo comercial del mundo entre el Atlántico y el Pacífico. El hallazgo de los expertos fue una corriente de chorro (*jet stream*) como consecuencia de El Niño, que alejaba las nubes y retrasaba las precipitaciones. Con esa información las autoridades panameñas diseñaron políticas públicas para fortalecer el manejo de la cuenca alta del Chagres.

Diez años después de la experiencia panameña, llega un nuevo reto, esta vez con el liderazgo del doctor Juan Carlos Sánchez, uno de los co-ganadores del Premio Nobel de la Paz. El Programa de Naciones Unidas (PNUD), convocó a un concurso para la elaboración de un informe técnico. Con los profesores Sánchez, Andrés Kowalski, Jorge López, Ricardo Castillo y Rafael Rodríguez, se armó el equipo que ganó la licitación de un plan nacional de adaptación al cambio climático en el sector agrícola venezolano, el primero en su tipo. “Hicimos un modelo bio económico que estimaba qué iba a ocurrir con la producción de 40 rubros en función de la alteración climática en el país. Eso lo llevamos a costos proyectados hasta 2030. En Portuguesa, por ejemplo, vemos que la caña de azúcar va a crecer en todos los municipios, excepto en Píritu, porque la temperatura máxima será de 40 grados, eso altera la ecofisiología del cultivo. Lo que hemos visto en estos siete años en varias zonas del territorio nacional ha coincidido con lo que proyectamos”.

Otros de los desempeños de Rafael Rodríguez, han sido la gerencia de la Dirección de Cátedras Libres entre 2006 y 2011 (coordina una de ellas dedicada al cambio climático desde 2005) y de la Oficina de Cooperación y Relaciones Interinstitucionales e Internacionales de la UCLA (2011-2018). Su gestión fortaleció las relaciones entre embajadas de diversos países, lo cual dio visibilidad a la UCLA fuera de las fronteras del país (La UCLA fue la universidad piloto nacional para

la promoción de la Cumbre de París 2015) y permitió el intercambio estudiantil a varias partes del mundo a través de programas como Columbus y el Erasmus Mundus de la Unión Europea.

Rodríguez, magister en Horticultura tropical (UCLA) y doctor en Ciencias de la Educación (USR), es autor de los libros *El cambio climático: una respuesta física al comportamiento humano* (2009) y *Formulación de planes de adaptación al cambio climático en el sector agrícola* (2014), éste con el apoyo de la Embajada Británica. También ha publicado artículos científicos en revistas especializadas y ha sido profesor invitado de universidades de Polonia, Panamá, Chile y Cuba.

El profesor Rodríguez afirma que su pasión por la docencia sigue con la misma intensidad con la que empezó hace 19 años. No obstante, ve con preocupación la merma de la matrícula estudiantil. “Creo que no estoy en condiciones de evaluar como lo hacía antes, no tengo los mismos parámetros. Tuve secciones de 70 alumnos y ahora serán unos 6 o 7, muchachos que no tienen para comer y siguen en la Universidad, son unos héroes. A veces lloro después de las clases”, confiesa Rodríguez.

REINALDO PIRE*

**CASI MEDIO SIGLO DEDICADO
A LA CIENCIA DEL AGRO**

Reinaldo José Pire Cordero está agradecido con la vida. Aquel muchacho caroreño que quería ser ingeniero civil creyó tener las puertas cerradas para su desarrollo personal cuando cayó en cuenta de que en el estado Lara no había opción para su aspiración de hacerse profesional del mundo de las obras de infraestructura. A finales de los años 60 del siglo pasado, buscar otros senderos en universidades situadas lejos de la entidad, era un costo que su familia no podía cargar, así que con los pies en la tierra pensó muy bien qué camino debía escoger. Entre las ofertas de la para entonces denominada Universidad Experimental de la Región Centroccidental (URCO), o Universidad Centro Occidental, que antecedió a la UCLA, había cuatro carreras: Medicina, Veterinaria, Agronomía y Administración.

Para aquellos años, Barquisimeto estaba en plena pujanza económica y la demanda de personal especializado en estas cuatro áreas era la prioridad. Quizás, si hubiera nacido en estas mismas tierras unos años después, y si hubiera querido ser profesional de las obras de concreto armado, tendría la posibilidad de ser integrante de la primera cohorte de Ingeniera Civil, carrera que se creó en la URCO en 1977. No era tiempo de esperas, ni se sabía qué cambios vendrían en la universidad. Pues bien, el joven Reinaldo José escogió la carrera de Agronomía. No se equivocó; ha sido una de las mejores decisiones de su vida.

En mayo de 1974, obtuvo el título de Ingeniero Agrónomo en la URCO de manos del Rector Argimiro Bracamonte. Desde entonces,

* Profesor del Decanato de Agronomía.
Director de la Revista *Bioagro*.

primero como estudiante y luego como profesor, la universidad es como su vida misma. En ella creció profesional y personalmente, y por ello, siente un compromiso de retribución a la que considera la institución que le “ha dado todo”. Cuatro décadas y media ha dedicado el maestro Pire a la UCLA y no piensa retirarse.

Una vez que se hace integrante de la planta profesoral, y aprovechando la oportunidad que brindaba el Estado venezolano en materia de políticas para el desarrollo del país, el profesor Pire parte en representación de la UCLA a la Universidad de California, Estados Unidos a formarse como magister en Ciencias de Agua, título que obtiene en 1981 con la tesis titulada “Root length estimations in tomato plants”. Se reintegra a la labor docente y años más tarde, sale nuevamente al exterior para alcanzar otro nivel profesional: en la Universidad de Valladolid, España, se hace doctor en Producción Vegetal en el año 2005. Su tesis tiene por título “Estudio del crecimiento y relaciones hídricas del portainjerto de vid ‘Criolla Negra’ y otros cultivares de uva para vino, y sus respuestas a la sequía”.

Ese contacto con el mundo académico más allá de nuestras fronteras le permitió formar parte de una red internacional de la que goza de reconocimiento. Ha sido profesor invitado de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, institución en la que ha formado también al personal docente en redacción de artículos científicos. Además, es árbitro de las revistas *Interciencia*, *Agronomía Tropical*, *Revista de la Facultad de Agronomía LUZ*, *Revista Saber*, *UDO Agrícola*, *Agrociencia*, *Revista Chapingo*, *Pesquisas Agropecuarias*, *Agronomía Mesoamericana*, *Environmental and Experimental Botany*, *Functional Plant Biology*, *Notulae Botanicae*, *Journal of Soil Science and Plant Nutrition*, *Revista Ciencia e Investigación Agraria*.

El profesor Pire es el director de la revista científica *Bioagro*, del Decanato de Agronomía de la UCLA, medio de difusión del conocimiento científico que goza de reconocimiento nacional internacional, y que funciona desde hace 36 años. Esta revista está indexada en los principales índices internacionales como Periódica, Redalyc, Latindex Catálogo, Dialnet, EZB, Scielo, Agrícola, Science Citation Index (WOS), Scopus y Redib. Su vasta experiencia en el campo editorial, hace que sea constantemente invitado a disertar sobre temas como la indexación y el plagio.

Reinaldo Pire ha sido tutor de nueve trabajos de pregrado, ocho de ellos de la UCLA y uno de la Universidad Juárez de Tabasco. En el nivel de maestría, ha formado como tutor a 19 profesionales tanto de la UCLA como de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido tutor de una tesis doctoral en Producción Vegetal en la Universidad de Valladolid, y está en ciernes otra tesis doctoral en Biotecnología bajo su responsabilidad como tutor, en la Universidad de Córdoba, también en España.

En cuanto a su producción intelectual, el profesor Pire ha estado a la altura de sus pares del mundo. Como autor y coautor de artículos científicos en revistas indexadas y arbitradas nacionales y extranjeras, tiene en su haber 72 publicaciones de este tipo. El número de otros manuscritos académico científicos es de 15, de los cuales, tres están en los repositorios de las universidades extranjeras a las que está vinculado.

Miembro emérito del Programa de Estímulo a la Investigación (antiguo PPI) desde 1990, Pire ha sido galardonado en dos oportunidades con el Premio Anual de Investigación Lisandro Alvarado (1994 y 1999). “Debemos continuar trabajando, con la revista hago eso, ha seguido funcionando, no nos hemos ‘enchinchorado’. Hay muchas dificultades, es verdad, pero hay que seguir”, afirma este entusiasta docente, ejemplo a seguir para sus alumnos y colegas de la UCLA.

YONAIDE SÁNCHEZ*

LA CORRUPCIÓN MATA

Cuando se puede evitar la muerte pero no se le evita; cuando por falta de hospitalización o medicamentos muere un niño, o un enfermo renal, o un paciente cardíaco, o alguien contagiado de una enfermedad; cuando el hambre cobra vidas; cuando la violencia enluta hogares, hay detrás de esos hechos corrupción, porque cuando alguien abusa del poder y birla recursos con los que se podría impedir que estas cosas sucedan, está dejando a otros sin posibilidad de vivir. La corrupción mata, afirman los representantes de Transparencia Internacional en Venezuela. La contundencia de esta frase implica un problema ético que ocupa a los activistas de derechos humanos que, a riesgo de sus propias vidas, investigan, documentan y denuncian situaciones como estas que arrastran a todos a un tremedal de impunidad.

Una de esas activistas (lo ve como una causa de vida), es la profesora Yonaide Sánchez Ferrer, representante regional de Transparencia Venezuela e integrante de la Red de Derechos Humanos del Estado Lara (Redhlara), que agrupa a 17 organizaciones que luchan por el derecho a la vida, a la justicia y a la salud. Para esta socióloga y especialista en desarrollo y políticas públicas, la docencia, la transparencia y los derechos humanos son una simbiosis que da sentido al quehacer universitario. Pero hacerlo tiene sus riesgos: en la casa que comparte con su esposo Nelson Fréitez han incursionado desconocidos en tres oportunidades y se han llevado computadoras con información importante que felizmente está respaldada. La última vez que entraron al hogar de los Fréitez Sánchez, los transgresores dejaron clavados unos cuchillos en una tabla de cocina a modo de advertencia. Hay que sobreponerse al miedo –aseguran ambos–, y seguir.

* Profesora del Decanato de Ciencias Económicas y Empresariales.

En la familia de Yonaide Sánchez Ferrer hay una historia de lucha por la democracia. Su padre, Aníbal Sánchez Gómez, un coronel integrante de las primeras promociones de la Guardia Nacional, estuvo preso cuatro años por conspirar junto con otros militares contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en la década de los 50. Su madre, Isabel Ferrer, también estuvo detenida en la Seguridad Nacional cuando ésta era dirigida por Pedro Estrada. Al llegar la democracia, los oficiales que sobrevivieron a la cárcel y a las torturas fueron resarcidos; volvieron a los cuarteles o ocuparon otros cargos, como ocurrió con el coronel Sánchez, a quien designaron jefe de la Policía en Caracas.

Las inquietudes políticas con las que creció Sánchez, sirvieron de base para su activismo por las causas justas y para una sólida formación en la Universidad Católica Andrés Bello, donde se hizo socióloga. La impronta de los profesores Antonio Cova, Kemy Machado de Acedo, los padres Alberto Grusón, Luis Ugalde, Jesús Ordegoso, Rafael Baquedano y José Lascano (éstos dos últimos sus amigos para siempre), es profunda. De allí su compromiso de lucha, su militancia política en la izquierda, su disciplina en el trabajo de la investigación social. En la UCAB, conoció la historia de la huelga que libraron a principios de los años 70 profesores (laicos y sacerdotes) y estudiantes por una academia más abierta. Esa lucha permitió que por primera vez en una universidad privada venezolana se hicieran elecciones de co gobierno con representación estudiantil. Pero también, esa protesta sirvió para que se pusiera en práctica un programa de becas, créditos diferenciales de acuerdo con las condiciones socioeconómicas de los estudiantes y el compromiso de pago accesible de las becas, con dos años de gracia para los futuros profesionales. Eran los tiempos en los que había formación política en los partidos y fuerza de la izquierda cristiana que tenía un referente en Arturo Sosa.

Una vez graduada, Yonaide Sánchez sigue con los jesuitas. Su primer empleo será en el Centro de Reflexión y Planificación Educativa (Cerpe), un espacio para el análisis de lo social, como el Centro Gumilla o el Centro Pellín, para los estudios de la comunicación. Fueron dos años de mucha disciplina, nada extraño para ella, ya que en el Colegio San José de Tarbes aprendió la importancia de hacer las cosas bien hechas. En el Cerpe participó en tres investigaciones trascendentes sobre los ciclos diversificados, los tecnológicos y la educación media en

Venezuela. “Eso se los agradezco a los religiosos. Me ayudó esa escuela que empezó con las monjas del Tarbes”, recuerda con nostalgia.

El padre José Lascano, “un hombre gordo y barbudo de voz gruesa”, era su jefe en el Cerpe. Se convirtió en una referencia para ella por su ejemplo de trabajo y talla intelectual. Queda de esa relación preceptor alumna una amistad entrañable como la Baquedano, su profesor de ética. “Eran un banquete sus clases. Baquedano le escribió una hermosa misa a mi hijo en la capilla de la parroquia de la UCAB en su primera comunión”. Lascano es uno de los sacerdotes (tuvieron dos, el otro es Henry Mendoza) que consagró el matrimonio de Yonaide Sánchez y Nelson Freítez hace ocho años.

Yonaide Sánchez fue profesora de la Universidad de La Plata, en Argentina mientras estuvo casada con el dirigente sindical Amílcar González, con quien tuvo un hijo, Daniel. En La Plata, formó parte del equipo creador de la universidad abierta. En 1989 regresa a Venezuela y se incorpora al equipo de Clemy Machado de Acedo para trabajar en la Escuela de Gerencia Social que la ministra de la Familia, Marisela Padrón, dirigió inicialmente. Fueron sus jefas después Teresa Albán y Mercedes Pulido de Briceño. En la Escuela de Gerencia se mantuvo hasta 2003, cuando llegó la orden de Jorge Giordani, ministro de Planificación para entonces, de que cesaban sus funciones como formadora de líderes vecinales y funcionarios públicos.

Tras cuatro años dedicada al acompañamiento de programas de responsabilidad social empresarial y a la docencia en desarrollo social con la UCAB, Yonaide Sánchez se muda a Barquisimeto. Ingresa a la UCLA en 2009 para impartir clases en Sociología del Trabajo en el Decanato de Administración y Contaduría. Allí, participa activamente en el proceso inicial del programa de Economía, ampliando su ámbito de enseñanza en materia de gobernabilidad y economía del Estado. “Soy de las que le gusta trabajar en donde todo está por hacerse. Ha sido una experiencia maravillosa compartir con esos muchachos sensibilizados por los problemas sociales, hablarles sobre la pobreza y sus múltiples dimensiones, sobre la economía naranja, sobre el desarrollo, sobre la historia, la filosofía, son temas que les apasionan”, afirma.

Desde 2014 Sánchez forma parte del equipo de Transparencia Venezuela. Estuvo en el Observatorio de Misiones, y trabajó en el

Índice de Transparencia de Alcaldías. Ha sido asesora de concejos municipales para la elaboración de ordenanzas sobre rendición de cuentas y promoción del gobierno abierto. “Es el mejor momento de mi vida, desde el punto de vista profesional, vital e intelectual. Transparencia es una organización de lucha contra la corrupción que tiene 12 líneas de trabajo. Hay 15 casos emblemáticos de corrupción en Venezuela que tristemente colocaron al país en la opinión pública mundial como una cleptocracia. Se trata de algo sin precedentes en el mundo y eso incide mucho en la emergencia humanitaria compleja que padece nuestra gente. Se produce en los más altos niveles de gobierno, coopta los poderes, con altísimos niveles de impunidad y trae como consecuencia daños masivos a la población”, destaca la profesora.

Las organizaciones en las que están involucrados Yonaide Sánchez y Nelson Fréitez creen que es el momento de hacer aportes para que no se repitan esos males en Venezuela cuando lleguen los cambios políticos. Para ello, proponen dos líneas de acción desde Transparencia: justicia anticorrupción y gobierno abierto. Se requerirán nuevas leyes, tribunales y fiscales especiales y un proceso de formación ciudadana que puede dar como resultado un mejor país.

Universidad, derechos humanos y transparencia forman un trébol de causas para la vida, en palabras de la profesora Sánchez. “Quisiera seguir trabajando hasta mis últimos días en espacios que siempre sean causas. Donde vaya a estar, sentir que lo que hago es bueno para otros, es la única forma de encontrarse uno mismo, en los otros”.

UCLA
DOCENTES
QUE INSPIRAN

GALERÍA



Alexis Guerra Córdova
DIOS NO JUEGA A LOS DADOS
página 9



Armando Sánchez Contreras
LA UTOPIA NECESARIA
página 13



Aymara Hernández Arias
POLICROMÍA DEL CONOCIMIENTO
página 19



Blanca Pulido Quintana
MUY CERCA DE DIOS
página 23



Carlos Medina Rivas
**UNA CRUZADA
CONTRA LA MUERTE**
página 27

Carlos Alberto Meléndez Pereira
**APRENDER A DESCIFRAR LAS
PARADOJAS SOCIALES QUE NO
APARECEN EN LOS LIBROS**
página 31



Carmen Mendoza
APAÑARSE CON LO QUE SE TIENE
página 37

Federico Arteta Bracamonte
LA DIALÉCTICA COMO ESCUELA
página 41





Hugo Bianco Dugarte
**UN HOMBRE DE LAS CIENCIAS
 DURAS QUIERE APORTAR AL PAÍS**
página 47

Jesús Miguel Rodríguez Castillo
**EL RETO DE PRESERVAR LA
 HISTORIA MUSICAL DE UNA
 CIUDAD Y DE SU UNIVERSIDAD**
página 51



Luis Traviezo Valles
**LA HUELLA INDELEBLE
 DE ARNALDO GABALDÓN**
página 55

María Elena Sanabria Chópita
**HACER CIENCIA RESCATANDO
 LEGADOS ANCESTRALES**
página 59





María Eugenia Marante Garrido
**¿PARA QUÉ SIRVE
LA CIENCIA APLICADA?**
página 63



María Dalila Forlano Riera
**UNA EXTRAÑA PASIÓN,
LA PARASITOLOGÍA**
página 67



Maritza Torres Samuel
**LA UNIVERSIDAD SEGUIRÁ VIVA
CON EL CORAZÓN DE SU GENTE**
página 71



Milva Janet Javitt Giménez
PRIMERO LOS ESTUDIANTES
página 75



Naudy Trujillo Mascia
**UN ESPÍRITU DE SUPERACIÓN
 MOLDEADO EN VARIAS CRISIS**
página 77



Nelson Fréitez Amaro
**UNA VOZ FUERTE
 CONTRA LA INFAMIA**
página 81



Rafael Armando Bonfante Cabarcas
**¿CÓMO NO AGRADECER A QUIEN
 TANTO HACE POR CURAR GENTE EN
 ESTE PAÍS?**
página 85



Rafael Javier Rodríguez Rodríguez
**MARCAR GOLES A FAVOR DE UN
 CLIMA SANO**
página 89



Reinaldo Pire
**CASI MEDIO SIGLO DEDICADO A LA
CIENCIA DEL AGRO**
página 95



Yonaide Sánchez
LA CORRUPCIÓN MATA
página 99



Me tomo unas líneas para justificar, con el perdón de los lectores, esta primera selección de profesores y, especialmente, de la primera universidad a la cual queremos homenajear, la UCLA, por cuanto tengo motivos del corazón, del afecto que nace en la familia, por esta gran universidad de la región que habito junto con mis seres queridos: en esta universidad, en su Decanato de Ciencias de la Salud, se formó mi hija Samara Sabbagh, como médico cirujano, egresada *cum laude*, carrera que la hace feliz y en la cual se realiza como ser humano y profesional. La alta calidad humana y profesional de sus profesores, de sus instalaciones y de sus compañeros de estudio, generan un agradecimiento eterno.

Agradecido por siempre.
Joseph Sabbagh



SVMPG
Sabbagh Valera Mirabal Pérez García